

MINISTERIO



adventista

Noviembre-diciembre de 1986

Confesiones de un pastor



“Nuestros ministros tendrán que rendir cuenta a Dios por el enmohecimiento de los talentos que él les ha dado para que los desarrollaran mediante el ejercicio. Podrían haber hecho inteligentemente diez veces más obra si se hubieran interesado en llegar a ser gigantes intelectuales. . . Sus esfuerzos por adquirir conocimiento no obstaculizarán en lo más mínimo su crecimiento espiritual si estudian con motivos correctos y blancos adecuados”.—Testimonios para los ministros, pág. 194.

Año 34

Noviembre-diciembre de 1986

Nº 203

MINISTERIO

adventista

CONTENIDO

- 3 Fuego de Dios en la evangelización
- 6 Confesiones de un pastor
- 9 ¿Cuándo terminaremos la obra de Dios en la tierra?
- 16 Música rock: rescatemos a nuestros jóvenes
- 19 Cristo: mediador e intercesor

DIRECTOR

Daniel Scarone

REDACTOR

Oswaldo N. Gallino

CONSEJEROS

Salim Japas

José A. Justiniano

REGISTRO NACIONAL DE LA
PROPIEDAD INTELECTUAL
09185

MINISTERIO adventista. Revista publicada bimestralmente por la Asociación Ministerial de las divisiones Interamericana y Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa en la República Argentina mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la Asociación Casa Editora Sudamericana, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires

CORREO ARGENTINO Florida (B) y Central (B)	FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 199
	TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 6.706

Fuego de Dios en la evangelización

Salim Japas

SUEÑO Y TAREA (Hech. 16: 7-10). Estoy convencido de que tener *sueños* y ver *visiones* en relación con nuestra tarea evangelizadora es una necesidad prioritaria del ministro adventista. En esta hora culminante, la sabiduría divina nos impacta con la verdad de que nadie puede vivir su tarea evangelizadora más allá de su visión y de su sueño. George Deakin tuvo su momento luminoso cuando afirmó que "una visión sin una tarea hace un visionario; una tarea sin visión, un galopín sin oficio ni beneficio; pero una visión y una tarea un perfecto misionero".¹

El apóstol Pablo, a quien estamos citando en el pasaje bíblico anotado al comienzo del párrafo anterior, tuvo la renovación de su visión misionera después de que el Espíritu Santo le impidiera su viaje a Bitinia. La de él fue una visión tridimensional: Una visión *vertical*, pues se dio cuenta de que "Dios nos llamaba" y que ese llamado era para una tarea evangelizadora específica. Fue una visión *interior*, pues comprendió que la tarea de evangelización que había estado procurando no era suficientemente abarcante; necesitaba superar su complejo regional para avanzar más allá de su aldea, más allá de

su idioma, más allá de su cultura. Fue una visión *horizontal*, pues vio Macedonia, vio Europa, vio el Imperio, vio el mundo, nos vio a nosotros. Las fronteras de la tarea de Dios estaban más allá: "Pasa a Macedonia y ayúdanos". El Evangelio tenía que ir *a todo el mundo*, entendido esto no sólo como dimensión geográfica, sino también como mundo social, mundo económico, mundo laboral, mundo político, mundo académico.

La intimidación del apóstol recibió en esa situación el impacto de la santidad divina, y su voluntad se movió en la dirección del *deber*. Gracias a su inamovible *convicción*, a su intensa *compasión* y a su total e indivisa *consagración*, el apóstol llegó a ser un instrumento de poder en las manos de Dios. Su lealtad a la tarea evangelizadora asignada fue factor decisivo para que el mensaje salvador nos llegara hasta esta orilla del tiempo.

Debemos admitir que la nuestra es una época que está relativamente segura de sus técnicas y conocimientos, pero aturdida en cuanto a sus metas y destino. Altisonante en cuanto a su fuerza, pero temblorosa a causa de su debili-

dad. Una sociedad relativamente rica en cuanto a lo material, pero espiritualmente en bancarrota. Es una época *oscura*, casi ciega para la vida del espíritu, pero aun así prelude la *primavera de la esperanza*. Ahora mismo estamos recibiendo el golpe de las olas del destino; estamos en la encrucijada para decidir en cuanto a la *intensidad y calidad* del avance que visualizamos para nuestra tarea evangelizadora. Necesitamos por lo tanto la *visión de Dios* para avanzar más allá de nuestra *propia visión*. Sin *visión* no hay vida y lo mejor que podemos hacer por alguien, cuando el último de sus sueños misioneros ha muerto, es sepultarlo. Algunos ministros adventistas están ahora mismo debatiéndose entre el recuerdo del pasado y los sueños del futuro.

Es posible que la *tarea personal* para esos ministros esté impidiendo la visión de nuestro Señor para la *tarea evangelizadora que debemos realizar*. El avance evangelizador y el crecimiento espiritual y profesional se actualizan a veces, al precio de una decisión crucial. Debe decirse con franqueza, no hay posibilidad para el regateo cuando se trata de renovar la *visión* y empujar los límites del reino hacia fronteras más alejadas. No, no hay opciones, el desafío de la tarea evangelizadora exige que decidamos entre sepultarnos a nosotros mismos en conformismo, negativismo y pesimismo, o *soñar juntos* el sueño de la grandeza, anticipado en la revelación divina (Biblia y espíritu de profecía), que nos catapulte hacia la culminación de nuestra tarea con gloria.

Teología y evangelización (Isa. 49: 24, 25)

La evangelización así como nos impresiona, es más que un programa, es más que una estrategia, es más que una metodología; es una pasión que se cristaliza en rescate: "Sí, la cautividad será quitada al valiente". Este es un rescate que reclama *urgencia* porque "el aumento de la maldad es tan grande que las masas se aproximan rápidamente a un punto en su experiencia personal, más allá del cual resultará sumamente difícil alcanzar a los individuos con el conocimiento salvador del mensaje del tercer ángel".² Amor apasionado por Dios y por su tarea es el secreto del éxito en la evangelización. Empresas sin amor son empresas muertas, y ministros exitosos son aquellos que han mantenido el *fuego* encendido sobre el altar del *entusiasmo* y han avanzado con fe, aun contra toda esperanza.

Me he preguntado a veces: ¿qué es lo que *nos falta* para completar nuestra tarea de proclamar el mensaje del tercer ángel aquí y luego ir a nuestro hogar allá? Quizá no nos falta *nada*. Tenemos dinero, tiempo, una estructura eclesiástica eficaz, un programa brillante, un mensaje bello centrado en la persona de Cristo. Quizá lo que nos está faltando sea el *hombre* (Eze. 22: 30), el *creyente* lleno de entusiasmo para avanzar en la tarea. Cuando D. L. Moody, el gran evangelista, oyó al ministro inglés Mr. Varley decir: "Moody, Dios espera demostrar al mundo lo que puede hacer con un hombre que se consagre enteramente a él". Moody se levantó de un salto y declaró: "Mr. Varley, por la gracia de Dios, yo seré ese hombre". ¿Y tú?

No sé si mi observación se ajusta estrictamente a la realidad, pero a mi juicio la Iglesia Adventista en ciertas regiones ha limitado el poder de su testimonio a partir de ciertos defectos conceptuales. Ha sido púlpito-céntrica por demás. El principio bíblico del *sacerdocio universal* de los creyentes (1 Ped. 2: 9) no ha sido explicitado en sus consecuencias últimas. La evangelización adventista en áreas que podrían ser identificadas sin dificultad, ha sido una tarea casi exclusiva de ciertos *especialistas*. Quizá debemos preguntarnos: ¿Qué proporción de los ministros de nuestra iglesia tienen actualmente la significativa experiencia de ser instrumentos de Dios para la salvación de las almas? El ministro que está tan envuelto en su tarea ministerial de modo que no le queda tiempo para salvar almas, tampoco debería tener tiempo para ser ministro. Por definición, el ministro debería conocer y hacer más evangelización que el mejor de los laicos de su iglesia. Uno de los errores que a mi juicio ha significado estancamiento, es el reconocimiento tácito de que la "obra de evangelista" (2 Tim. 4: 5) es una tarea separada, distinta de la tarea del pastor.

Mi convicción personal, apoyada en claras afirmaciones de la Palabra de Dios, es que cada ministro del Evangelio que haya sido llamado por Dios para ministrar en esta iglesia, puede usar los dones y capacidades que tiene para atraer almas a los pies de la cruz. Si no puede hacer esa tarea tampoco puede ser ministro. Es importante recordar que el *centro mismo* del ministerio es la salvación de las almas; si se fracasa en este punto, ningún otro éxito podría ser aceptable.

Parte del púlpito adventista contemporáneo en algunas áreas es intelectual, *up to date*, especulativo, teológico, pero me pregunto si ese

approach es una respuesta adecuada para el desafío de la hora. Como alguien lo ha dicho, "más que tratar con temas de la eternidad", o como el espíritu de profecía lo ha señalado "la predicación de la Palabra debe apelar al intelecto e impartir conocimiento, pero *abarca mucho más* que esto...".³ Si mi observación es madura, debemos reconocer que la nota que se ha perdido es la evangelización, pero si el mundo ha de ser amonestado, conmovido y atraído al pie de la cruz, cada ministro adventista y cada miembro de la iglesia debería alistarse *voluntariamente* en la proclama evangelizadora.

Otro hecho que llama la atención es la dicotomía que tiende a *separar* la teología de la evangelización. La separación, por más que se intente justificar, es una aberración teológica; en las Escrituras nunca se las separa. Pablo, el mayor teólogo de la iglesia, es el evangelista por excelencia, y así como Pablo todos los fundadores de la iglesia apostólica. No podemos encontrar en el relato bíblico un solo ejemplo de alguien que se haya dedicado a hacer teología independiente o exclusivamente. Todos ellos fueron apasionados testigos de Cristo, y su tarea primera y más importante no fue la especulación o la investigación, fue la *proclamación*. Reconocemos que el mensaje que proclamaban estaba lleno de un revelado contenido teológico, el *kerigma* evangélico. Es que la evangelización sin adecuado contenido teológico pronto degenera en sentimentalismo, emocionalismo o retórica. En cuanto a esto último los adventistas no necesitamos pedir disculpas.

Reavivamiento y poder (Hech. 1: 8; 2: 1-4)

Debo declararlo con énfasis, soy optimista y el futuro nos pertenece. Si Dios en su infinita misericordia nos dio un Pentecostés en el origen de la iglesia, puede regalarnos otro en la culminación de su historia. Pero tenemos un enemigo audaz contra el cual debemos luchar: la *apatía*. Pareciera que el deseo de reconocimiento y aceptación empuja a la iglesia a los rincones de un formalismo con apariencia de liturgia. En esos rincones la iglesia se aletarga. Los ideales que mejor expresan *la naturaleza de la iglesia* duermen, y nuestro enemigo nos roba el amor por la evangelización. Tenemos la mecha pero no está encendida, falta la fuerza espiritual para conducir al pueblo de Dios hacia la *frontera*, el lugar donde el reino puede ser extendido. Aunque sea doloroso, debemos admitir que en algunas de nuestras iglesias ya

no se habla el *idioma de Sión* con claridad. Ya no hablamos, sino dormimos en la iglesia. Las columnas del templo se han convertido en almohadas. Dormimos y no escuchamos la voz de Dios. El reavivamiento y el poder tardan en llegar. Pero aun así hay esperanza. Dios está despierto, y "cuando coloquemos nuestros corazones en unidad con Cristo, y pongamos nuestra vida en armonía con su obra, el Espíritu que descendió sobre los discípulos en el día del Pentecostés descenderá sobre nosotros".⁴

Necesitamos el *fuego de Dios* para terminar esta tarea. Tenemos una *misión* a la que no podemos ni debemos renunciar. La evangelización es un *desafío sin opciones*: salvar almas es lo prioritario. En algunas áreas del mundo donde la iglesia está encendida y el ministerio está lleno de fuego, la tarea avanza. En otras áreas, en cambio, la iglesia está *tibia* en un mundo *frío*, probablemente porque los ministros no tienen *fuego*. Lo anterior no niega la existencia de cierto poder en la iglesia. Sí, hay poder, pero es limitado, sólo el *poder de Dios* es infinito. Como estructura eclesiástica podemos trazar planes y seleccionar estrategias, pero Dios tiene la suma del poder y El lo puede conceder a su iglesia: "Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo".

En cierta medida somos los artífices de nuestra propia debilidad. Dependemos de nosotros mismos, nos alumbramos con la luz mortecina de nuestra propia lumbre, pero si hemos de recibir el poder pentecostal debemos someternos a él. Entonces "cuando tengamos una consagración completa y sincera al servicio de Cristo, Dios reconocerá el hecho mediante un derramamiento de su Espíritu sin medida; pero ésto no ocurrirá mientras la mayor parte de la iglesia no esté trabajando juntamente con Dios".⁵

Mi convencimiento me empuja, debemos buscar con fervor el *bautismo del fuego*. Si la urgencia por el bautismo del fuego fuera tan activa como lo es por el *bautismo del agua*, abríramos camino a una iglesia ferviente, dinámica llena de carisma pentecostal. Entonces nuestro testimonio será una *voz* y no sólo un *eco*. Una voz que proclama la grandeza de Dios y la inminencia de su retorno, entonces la GRAN COSECHA 90 será el vehículo significativo de nuestro testimonio. ■

¹ Leonard Ravenhill, *Why Revival Tarries* (Bethany Fellowship, 1959), pág. 23 ² Elena de White, *Evangelismo* (ACES, Bs. As., 1976), pág. 23. ³ *Ibid.*, pág. 156 ⁴ *Ibid.*, pág. 506 ⁵ *Ibid.*, pág. 507.

Confesiones de un pastor



El autor expone uno de los problemas que caracterizan a los seres humanos y en los cuales los pastores pueden caer: la hipocresía.

Alcy Francisco de Oliveira

EN EL MES de marzo de 1986, mientras leía un trabajo titulado "Un mensaje para los ganadores de almas", escrito por Horatius A. Bonar, decidí extraer algunas ideas que se exponían en él para ampliarlas y difundirlas en beneficio de mi iglesia.

Apocalipsis 2: 5 dice: "Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepíentete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido".

Alcy Francisco de Oliveira es el secretario de la Asociación Brasileña Central.

No puedo predicar el Evangelio a los demás si no tengo un conocimiento práctico, o una experiencia personal en los misterios del Evangelio.

No debería seguir en el ministerio si no siento el llamamiento de Jesús. Son muchos los que corrieron sin que nadie los enviara.

Debo ser consciente de que estoy en el ministerio porque amo a Cristo, porque deseo honrar a Dios. Sólo por eso gano a las almas. No es que me interese adquirir un título, ni algo que me conceda prestigio social.

Siento falta de poder, y es porque no tengo una relación eficaz con Dios; porque poco me

importó leer de El en la Palabra; porque no me interesé en meditar en El; porque no hablo con El. Sólo me preocupé por lo que me gustaba, y corrí detrás de algunas actividades con la única preocupación de que los hombres me vieran.

Abandoné la lectura de la Biblia –la única fuente de edificación que tengo como cristiano–, y acudí a ella sólo porque está en el ámbito de mis actividades pastorales. En esto fui un necio.

Porque tuve el prurito de arriesgar mi reputación, fui inestable y titubeé en los caminos del Señor.

Utilicé una hipocresía refinada con la que quise representar lo que, en verdad, no soy. Fui artificial en la confesión de los pecados, y lo hice así porque no estaba arrepentido. Sentí avidez por buscar las faltas de los otros y las condené con crueldad, sin aceptar ni cambiar las que había en mi propia vida.

Derroché muchas palabras en conversaciones infructíferas, que lo empeoraban todo y no mejoraban nada.

Perdí el tiempo pronunciando chistes huecos y profanos que eran inadecuados para un ministro del Evangelio. Mantuve una familiaridad exagerada con los inicuos del mundo, como también con los que hay en la iglesia.

En el día del Señor ofrecí sermones trillados y triviales. Llegué a burlarme de los hermanos que cayeron, en vez de compadecerme de ellos. Permití que se relajara el celo religioso en el seno de mi familia sin reparar que en ese pequeño círculo hay un caudal de inspiración para los demás.

Casi nunca utilicé el espíritu de profecía en mis tareas pastorales. Cuando confeccionaba los sermones confié excesivamente en mis dones, en mis talentos y en mi experiencia.

Anuncié a Cristo, pero no para que los demás llegaran a conocerlo y amarlo, sino para que viesen todo lo que sabía en cuanto a El.

Me esforcé por recibir el aplauso, y me gocé cuando llegó, como también me frustré cuando no vino. Tuve reparos en entregar todo el mensaje de Dios y dejé que los oyentes murieran en sus pecados sin que se dieran cuenta. Prediqué muchos mensajes que no eran mi vivencia pastoral.

Fui negligente, perezoso y parcial en la visita de los enfermos. Si eran pobres, los visitaba una vez, cuando me lo pedían; si eran ricos, los visitaba con frecuencia, aun cuando no reclamaran mi presencia.

Fui infiel en el desempeño de cada una de mis tareas. No mencioné específicamente el

pecado que debía reprobarme. Si lo hice fue sólo vagamente. Cuando tuve que reprender, apenas esgrimi una tímida insinuación. Cuando tuve que condenar el pecado, lo hice débilmente. Mi vida no fue un ejemplo de desaprobación del pecado. Fui tan infiel, que todo grado de fidelidad que alcanzara durante el sábado era neutralizado por mi falta de cristianismo durante el resto de los días de la semana.

Me asocié demasiado con el mundo. Puedo recordar épocas de mi vida en las que mis blancos fueron establecidos sobre las pautas divinas, y cuando las comparo con mi vida ahora, veo con espanto que hubo cambios, pero decepcionantes, pues revelo una intimidad indebida con el mundo.

La premura en los deberes y las tareas ministeriales generaron frialdad y formalismo en mis meditaciones y en mis devociones. Mi ejercicio espiritual carecía de oración y de fe.

Siempre estuve en el mundo, y el mundo dentro de mí. Muchas veces evadí el trabajo y las dificultades, y no fui perseverante. Consideraba que lo importante era mi vida, y me preocupé inconmensurablemente por mi bienestar y por mi comodidad.

No me presenté a Dios como "sacrificio vivo", ni puse mi ser, mi vida, mis bienes, mi tiempo, mi fuerza, mis talentos –mi todo– sobre el altar divino. Es como si hubiera perdido la visión de ese principio de abnegación que debiera signar la vida del creyente y, mucho más, la de un ministro.

Quizá todo me salió bien hasta que se me pidió un sacrificio. Ante el pedido casi me autoconvencí de que no era necesario avanzar más porque aquello sería imprudente o irreflexivo.

Alguna vez estuve dispuesto a ayudar, y fui solícito, pero sólo cuando me convino. Perdí horas y días enteros ante el altar del placer de comulgar con la literatura ociosa y frívola, y gasté un tiempo que pude haber consagrado al estudio de la Biblia, a la predicación y a actividades más positivas y dignas de mi vocación.

Fui desleal con el Dios que me llamó y me ordenó en su ministerio.

Me alimenté bien, mientras el rebaño perecía.

No me entregué en cuerpo y alma a la tarea, y por eso todo terminó siendo una rutina sin vida, ni significado. No hablé ni actué como un hombre impulsado por la urgencia. Aunque mis palabras sonaban bien a los oídos de los fieles, no tenían poder.

No me presenté a Dios como “sacrificio vivo”, ni puse mi ser, mi vida, mis bienes, mi tiempo, mi fuerza, mis talentos –mi todo– sobre el altar divino.

¡Cuán formal y frío fui en la predicación y en la visitación, en el asesoramiento y en la administración. . .! ¡Mi pecado fue no amar! Dijo Rowland Hill: “¡Oh!, si fuese todo corazón, y alma y espíritu, para anunciar el glorioso Evangelio de Cristo a las multitudes que perecen”.

El miedo me debilitó. Generalicé verdades y fui ambiguo porque no quise ser objeto de odios ni censuras. Eso me impidió predicar todo el consejo de Dios. Tuve miedo de separar amigos; de suscitar la ira de viejos enemigos.

Busqué el aplauso y los elogios. Quise la fama y la promoción. Muchas veces prediqué ensalzando mi persona, en vez de glorificar a Cristo. Atrapé las miradas de los hombres e impedí que miraran a Cristo.

Suavicé el significado de la cruz, la hice menos repulsiva, para que mis oyentes volvieran a sus hogares satisfechos, convencidos de que eran religiosos porque se emocionaban con mi elocuencia, porque se inspiraban con mis llamamientos, porque se persuadían con mis argumentos. Hermoseé la cruz, la vacié de su significado y, al hacerlo, envié al infierno a muchos que se consideraban cristianos.

En mis estudios destaqué las opiniones humanas por sobre las divinas. Sació mi sed bebiendo de las cisternas de los hombres y no de las de Dios. Tuve más comunión con los hombres que con Dios.

Dediqué tiempo para todo, menos para orar. Tuve muchas reuniones con mis colegas, y muy pocos encuentros con Dios.

“Habla, Jehová, porque tu siervo oye” (1 Sam. 3: 9), no refleja la actitud de mi alma, ni la dirección de mi vida. Mi vida no se distinguió por la relación personal con Dios, por la comunión con Dios, por la espera en Dios, por el descanso en Dios. Mi ejemplo fue tan pobre, mis sermones tan mezquinos, que mis frutos fueron pocos y mi vida casi superficial.

A veces pienso que viví muy por debajo del carácter de un discípulo o un embajador. Ca-

miné lejos de la senda de los apóstoles, y mucho más lejos de la del Señor.

Jesús vino a buscar “lo que se había perdido”. Yo ni los busqué. El enseñó incansablemente a las multitudes, yo casi ni enseñé. El Señor ayunó y pasó noches enteras en vigilia y oración, y tampoco en esto seguí al Maestro.

En mi vida hay mucha basura que debo tirar. Hay muchos impedimentos que yo mismo he creado; muchos hábitos que debo abandonar; muchas luchas en las que debo vencer.

Los campos están listos para ser segados; la mies es mucha y los obreros pocos.

Mi vida debe cambiar y encaminarse a la excelencia. No dispongo de mucho tiempo. Debo ser un verdadero ministro de Cristo. Ese ministro que Dios espera que sea. Un ministro que se detenga sólo cuando concluya su labor; que predique cada sermón como si fuera el último de la historia. Entre nosotros y la eternidad hay pocos pasos de distancia. Queda poco tiempo.

Cuando pienso en que la salvación o la condenación de los hombres están íntimamente relacionadas con lo que predico, sólo puedo temer que Dios me juzgue como a un buhonero de sus verdades y de las almas.

Me temo que la vida ministerial de muchos que profesan ser pastores del rebaño se reduzca a predicar cada sábado, a administrar la Cena del Señor, a bautizar, a visitar ocasionalmente al que lo pide, a participar de las reuniones eclesiásticas.

Señor, ten misericordia. ¡Qué misterio es éste! ¡Que un alma y la eternidad dependan de la palabra de otro hombre!

Si anhelo terminar mi carrera con alegría y recibir la corona cuando vuelva Jesucristo, mi vida debe cambiar. Debo ser ferviente y entusiasta. Debo hacer de mi vida la vitrina en la que todos contemplen a Cristo, el Señor de mi vida, el príncipe de los pastores, el que murió para salvarme. ■

¿Cuándo terminaremos la obra de Dios en la tierra?

Culminar la obra de Dios y llegar al Cielo es el profundo anhelo de nuestro corazón. El autor elabora ideas novedosas fundamentado en la lógica bíblica con el objetivo de solucionar el desafío permanente de la Iglesia.

Saulo H. Souza Sáenz

EL SEÑOR DIJO: "He acabado la obra que me diste que hiciese" (Juan 17:4). El tenía un tiempo definido para esta labor: únicamente tres años y medio, y en ese corto lapso pudo decir: "He acabado". Para realizar cualquier tipo de tarea disponemos de un tiempo determinado. El ama de casa tiene una hora a la que la comida debe estar terminada, la modista un día para entregar un vestido, el ingeniero una fecha para terminar la construcción, el diseñador una época en la que debe terminar los modelos de estación. Cualquier tarea tiene un tiempo de desarrollo y otro de culminación. Hay cosas que son inútiles si se hacen o si se terminan fuera de tiempo.

En cualquier actividad es tan importante saber lo que vamos a hacer como el tiempo que tenemos para realizarlo. Ambas cosas son muy importantes, y para poder saber la segunda es necesario entender bien la primera o sea el *qué*, después de lo cual viene el *cuándo*. Cuándo iniciar. De cuánto tiempo dispongo. Cuándo debo terminar. En nuestros trabajos, al asignarnos una actividad, después de entender claramente lo que tenemos que hacer se nos dice o se nos pregunta en cuánto tiempo lo debemos o podemos terminar.

Para contestar la pregunta ¿cuándo terminaremos la obra?, primero debemos estar se-

guros de que sabemos cuál es la obra. Tuve dudas cuando leí en algunos de nuestros escritos que aun entre los pastores no se tenía un concepto claro de cuál es nuestra misión en la tierra. Poco tiempo después fui invitado a dar una conferencia sobre administración a un grupo de pastores de diferentes lugares que tomaban un curso para obtener su *magister* en la Universidad de Montemorelos. Inicé mi primera conferencia preguntando: ¿Cuál es nuestro objetivo? Por sus respuestas comprobé que no lo tenían claro. Las respuestas eran variadas, predominando finalmente dos: para la mayoría, la ganancia de almas; para los otros, la predicación del Evangelio a todo el mundo.

¿Cuál es nuestro objetivo?

¿La ganancia de las almas o la predicación del Evangelio? Estos dos objetivos, ¿significan lo mismo? ¿Se oponen? ¿Se relacionan? ¿Por qué es importante determinarlo? No es lo mismo la ganancia de las almas que la predicación del Evangelio, aunque no son objetivos opuestos, están relacionados. Uno es consecuencia del otro, y es importante que no nos confundamos.

En el acuerdo del Concilio Anual de 1976 sobre "Evangelización y terminación de la obra de Dios", dice:

"Terminación de la obra" significa "comunicar el mensaje de Dios con el poder del Es-

Saulo H. Souza Sáenz es ingeniero electrónico y reside en Monterrey, México.

píritu Santo a todos los habitantes de la tierra a fin de que Dios pueda declarar su obra terminada. (Mateo 24: 14.)”

Con esto queda bien aclarado que nuestro objetivo es la predicación del Evangelio, no la ganancia de almas. Este último no es el objetivo de la predicación, sino su consecuencia. ¿Qué importancia tiene esto? y ¿qué problema hay en que muchos tengan como objetivo la ganancia de almas?

El mismo documento dice en otra parte:

“Satanás podría triunfar fácilmente sobre esta iglesia si pudiera hacer confuso ese objetivo, o lograra hacer creer a una iglesia complaciente que está alcanzando su objetivo, cuando en realidad está multiplicando actividades secundarias de una naturaleza loable, pero que no alcanzan el blanco propuesto”.

No es lo mismo la ganancia de las almas que la predicación del Evangelio; aunque no son objetivos opuestos, están relacionados.

De acuerdo con este documento, el objetivo personal no es ganar una, dos o diez almas por año, o cien en toda la vida, sino predicar o comunicar el mensaje de Dios a cada una de las personas con las cuales cada creyente se relaciona en la vida. Si se cumple con este cometido, seguramente se ganarán más almas que si se pone un blanco de ganar un determinado número de personas.

Tradicionalmente, en el nivel del campo local, nuestro objetivo ha sido la ganancia de las almas. ¿No será ésta la razón por la que no hemos acabado la obra?

¿Cuándo vamos a terminar?

Tan importante como conocer nuestro objetivo es saber cuándo lo alcanzaremos. Ganando almas, ¿podemos saber cuándo vamos a terminar? En ninguna parte de la Biblia dice que Cristo vendrá cuando seamos diez o cien millones de adventistas. Tampoco dice que la

obra de cada individuo es ganar un determinado número de almas. Poniendo como objetivo la ganancia de las almas, nunca podremos saber cuándo vamos a terminar. Por muchas generaciones se han ganado almas, pero no se ha terminado la obra.

Para explicar lo anterior y destacar lo importante que es definir claramente nuestro objetivo, pondré un ejemplo: Soy miembro de la iglesia y tengo 38 años de edad. En el lugar donde vivo hay un adventista por cada 500 habitantes. En el trabajo me relaciono con, aproximadamente, 150 personas más. Podemos suponer que de los 500 habitantes, 100 ya han recibido el Evangelio y lo han rechazado, y que de los 150 compañeros de trabajo, 100 no lo recibieron. Esto quiere decir que mi objetivo es predicar el Evangelio a 400 personas en mi vecindario, más 100 en mi trabajo, más aproximadamente 300 personas con quienes me relacionaré en el resto de mi vida, o sea 800 personas en total.

Si mi objetivo es ganar dos almas por año, seleccionaré de entre mis amistades a unas cinco personas, quizá las mejores, o las más accesibles, trabajaré por ellas y, seguramente, en el año alcanzaré mi objetivo de ganar dos almas. Si viviera 22 años ganaría 44 almas, pero predicaría únicamente a 110 (22 x 5) personas, o sea que llegaría al final de mi vida sin poder decir: “He acabado la obra que me diste que hiciese”, porque habría 690 personas a las cuales no les di el mensaje. Habría que esperar otra generación para que termine la tarea.

“He acabado la obra que me diste que hiciese”

En cambio, si mi objetivo es predicar el Evangelio y me propongo hacerlo con todos los que me relaciono –con cada persona buena o mala–, y mi objetivo es dar el mensaje a 50 por año, en 16 años podré abarcar las 800 personas que me tocan. Seguramente ganaré más almas y podré decir al cabo de 16 años: “He acabado la obra que me diste que hiciese”.

Alguien podrá pensar que es un sacrilegio suponer que es posible saber con cierta aproximación, en base a los recursos con que contamos y teniendo claro el objetivo, cuánto tiempo nos tomará terminar nuestra obra. En el documento “Evangelización y la terminación de la obra”, en el punto 3.C dice: “La asociación/misión debe hacer planes definidos con cada iglesia, grupo, Escuela Sabática e institución

para llevar el mensaje de los tres ángeles dentro de su territorio entre ahora y el tiempo de la sesión de la Asociación General en Dallas”.

En el Concilio Anual de 1976 se clarificó nuestro objetivo y, como toda buena planificación, se puso un tiempo para ejecutarlo. No es nada descabellado ni sacrilego intentar saber el tiempo en que se puede terminar la obra de Dios.

Tristemente, este magnífico propósito no se cumplió. En lugar de que en Dallas 1980 se declarara la obra terminada como consecuencia de la aplicación de este documento, el pastor Neal C. Wilson, en el tercer punto de su discurso titulado: “Para hacer lo correcto en el tiempo correcto” dijo: “Necesitamos volver a leer el acuerdo del Concilio Anual de 1976 sobre ‘Evangelización, ganancia de almas, designación de territorio y terminación de la obra de Dios’. No es difícil para mí entender por qué el enemigo de la verdad ha buscado enterrar este acuerdo significativo bajo un cúmulo de otros planes y actividades rutinarias de oficina. Yo creo ahora, como lo creí entonces, que este documento si se pone en práctica bajo el poder y la influencia el Espíritu Santo, podría producir una acción sin precedentes”.

¿Por qué no se cumplió el objetivo? ¿Cuál fue la falla? El pastor Wilson dijo que Satanás buscó enterrarlo. ¿Será que Satanás puede impedir todo lo bueno? Si no se cumplió fue porque nosotros fallamos. No hicimos las cosas bien. El pastor Wilson enfatizó que ahora sigue siendo el tiempo propicio. Ahora sí necesitamos hacer las cosas correctamente.

El “proceso administrativo” nos dice que después de planear –primer paso del proceso en el que fijamos nuestro objetivo, en nuestro caso “comunicar el mensaje de Dios a todos los habitantes de la tierra” en un plazo determinado–, debemos organizarnos. Este es el segundo paso del proceso. Este pasó no lo dimos, no adaptamos la organización para hacerla coherente con el objetivo.

Problemas de organización

¿Somos conscientes de que tenemos problemas de organización? ¿Puede la iglesia remanente tener problemas de esta índole? En el congreso de Atlantic City, el día 20 de junio de 1970, el pastor Roberto H. Pierson dijo en una parte de su mensaje: “Debiéramos examinar con cuidado algunos de nuestros problemas de organización”.

¿Qué se hizo al respecto? Al leer algunos de los libros del pastor Pierson encuentro un amplio análisis de los problemas y las recomendaciones que, lamentablemente, no se pusieron en práctica.

Alguien podrá pensar que es un sacrilegio suponer que es posible saber con cierta aproximación, en base a los recursos con que contamos y teniendo claro el objetivo, cuánto tiempo nos tomará terminar nuestra obra.

¿Cuál es la situación? Diez años después, nuevamente en Dallas 1980, en el punto décimo de su discurso el pastor Wilson dijo: “Ahora llego a un asunto que podría fácilmente ser mal entendido. Por favor, escuchen cuidadosamente lo que explicaré: Si la iglesia va a realizar todos los objetivos que Dios le ha dado, debe haber ciertos cambios en su organización. Una variedad de reglamentos necesitan ser depurados. Se necesitan crear nuevas y actualizadas consideraciones para los incentivos misioneros y de reclutamiento. Se deben adoptar los principios apropiados para manejar las iglesias y para garantizar que cada hora trabajada, cada dólar gastado, cada plan concebido, será eficazmente invertido. Estos blancos necesitan mayor precisión en la delegación de autoridad, en los requisitos para asumir responsabilidades, y en la simplificación de nuestros procesos de tomar decisiones.

“Somos una iglesia, no una corporación secular. Nosotros no podemos hacer algunas cosas que otras organizaciones hacen. Aun hay principios probados de administración que podemos usar sin peligro en las operaciones de la iglesia, incrementando así nuestro testimonio global. La filosofía de liderazgo, el papel de la Asociación General, la función de los departamentos, la eficiencia en la oficina, los viajes, el uso más productivo de recursos humanos y financieros, deben ser abiertos a un escrutinio sensible a cambios.

“Sin entrar a un análisis detallado esta noche, me gustaría que este cuerpo sepa que personalmente tengo la convicción de que cier-

tas modificaciones son imperiosas, y se las requiere desde hace tiempo. Al hablar con laicos y dirigentes de las iglesias en mis visitas a las diferentes divisiones de la Asociación General durante el año pasado, percibí un sentimiento de urgencia de que se necesita hacer algo ahora, no en una fecha futura”.

Diez años después seguimos teniendo problemas de organización. Para determinarlos, analicemos nuestra organización:

Análisis organizacional

Al iniciar este análisis quiero decir que los principios de organización que tenemos como iglesia son más avanzados que el sistema de cualquier otra empresa. La Biblia y el espíritu de profecía proporcionan principios de organización perfectos y actuales. El problema somos nosotros, que no los hemos sabido comprender.

Empecemos por definir qué es organizar: Es el proceso de colocar hombres y mujeres dentro de una estructura para el logro de ob-

Si el objetivo no se cumplió es porque nosotros fallamos. No hicimos las cosas bien.

jetivos. En este caso, la predicación del Evangelio a todo el mundo. El trabajo presentado como resultado de la planificación origina la organización. De este trabajo se derivan las diversas actividades y recursos necesarios para lograr los resultados deseados. Así se proporciona un cimiento para los esfuerzos de la organización, y los planes tienen significado para cada uno de los miembros. La organización reúne a los individuos en tareas relacionadas. El propósito del proyecto es hacer que la gente trabaje unida en forma efectiva para el logro de objetivos específicos.

Si recordamos que nuestro objetivo es territorial, no numérico —es decir, que tenemos que predicar el Evangelio a todo el mundo y que como consecuencia ganaremos almas—, podemos decir que nuestra organización es casi coherente con el objetivo. En sus niveles superiores nuestra organización es territorial, y

también cuenta con una organización departamental enlazada con la territorial. La Asociación General se divide en divisiones, éstas a su vez en uniones, las cuales se dividen en asociaciones o misiones y éstas en distritos, divididos en iglesias o congregaciones locales. Exceptuando el último nivel, todos los anteriores están organizados territorialmente de acuerdo con el objetivo.

Las iglesias o congregaciones no tienen una organización territorial. Tienen una organización departamental, y éste es realmente el problema. En las iglesias, los departamentos cumplen una función lineal, cuando para cumplir con el objetivo deberían estar cumpliendo una función *staff*. Una organización departamental gana almas, funciona muy bien para la adoración, pero no cumple con el objetivo territorial.

Si usted quiere comprobar la falta de claridad en el objetivo de una congregación, basta con que le pregunte a un anciano de iglesia cuál es su función en ella. Seguramente le dirá que predica, acompaña en la plataforma, lee los anuncios, es miembro de varias juntas, unge enfermos y atiende servicios fúnebres cuando el pastor no está. Haga la misma pregunta al director de jóvenes y le dirá que él es responsable de preparar buenos programas y su objetivo será lograr una mayor asistencia. Posiblemente el director de Obra Misionera le dirá que tiene que preparar los diez minutos misioneros y predicar el primer sábado de cada mes. Tal parece que todo lo encaminamos a la adoración.

Organización territorial

El problema, entonces, es crear en las congregaciones una organización territorial coherente con nuestro objetivo. Algo se ha hecho, con buenos resultados. Podemos destacar el programa de unidades evangelizadoras promovido por el pastor Sergio Moctezuma como el paso más importante en esa dirección, porque divide territorialmente a la Escuela Sabática. Sin embargo, se ha presentado como un plan opcional, y en algunos casos momentáneo. Sin desmerecer la bondad del mismo, presentó problemas operativos. El principal problema es su dependencia de la Escuela Sabática, o sea poner una función lineal dependiendo de una función *staff*. La Escuela Sabática, en principio, no tiene una organización territorial sino por edades, según la edad es la división a la que pertenecen. Si se desliga a las unidades evan-

gelizadoras de la Escuela Sabática pueden funcionar muy bien.

Para encontrar una solución, después de analizar el problema, podría ayudarnos bastante considerar las siguientes citas del espíritu de profecía: "El tiempo es corto y nuestras fuerzas deben organizarse para realizar una obra más amplia" (*Joyas de los testimonios*, t. 3, pág. 295). "La formación de grupos pequeños como base del esfuerzo cristiano me ha sido presentada por Uno que no puede errar" (*ibid.*, pág. 84). "Dios desea que cada uno de nosotros encuentre su lugar. Cuando cada uno esté en su sitio, haciendo la obra que Dios le ha dado, habrá unidad perfecta" (*Manuscrito* 56, del 23 de mayo de 1904). "Cada uno debe ocupar su lugar, pensando, hablando y actuando con el Espíritu de Dios. Entonces, pero no antes, será la obra un conjunto completo y simétrico" (*Joyas de los testimonios*, t. 2, pág. 531). "El [Dios] se propone que aprendamos lecciones de orden y organización, del orden perfecto instituido en los días de Moisés, para beneficio de los hijos de Israel" (*Testimonies*, t. 1, pág. 65).

Creo que en estos textos encontramos la clave para resolver el problema de la organización territorial de la congregación. En primer lugar, se destaca que a cada hermano se le debe asignar un lugar o territorio. En segundo lugar, a la organización en los días de Moisés se la denomina "orden perfecto". Según lo que se presenta aquí, es necesario que a cada miembro se le asigne un territorio para que lo trabaje, es decir, comunicarle que su objetivo es predicar a todos los habitantes de ese sector. Lo siguiente es definir de quién depende organizacionalmente cada miembro de iglesia. Suponiendo que una iglesia cuenta con doscientos miembros, es correcto o posible que todos dependan de una persona, en este caso del pastor. Estudiando la organización de Moisés se puede solucionar este problema. Por encima del individuo, en el siguiente nivel organizacional, estaba el jefe de familia, el líder espiritual; por cada diez familias había un jefe. En nuestro caso, los ancianos serían los jefes sobre diez familias. De esta manera pondríamos dos niveles de organización entre el individuo y el pastor, o sea, el individuo depende del líder espiritual de la casa, éste a su vez depende del anciano, el cual depende del pastor del distrito.

El pastor distribuye su territorio entre los ancianos, ellos entre las familias y las familias entre los miembros. Cada uno tiene un lugar y

un objetivo específico que cumplir. El anciano realmente se convierte en un subpastor de un determinado territorio. De esta manera, en base a la instrucción del espíritu de profecía podemos tener una organización territorial de la iglesia en el nivel más importante de ella.

En la revista **Ministerio Adventista** de marzo-abril 1979, el pastor Alfredo Aeschlimann B. escribe un artículo titulado: "La responsabilidad del pastor hacia los nuevos conversos". En el séptimo punto de su tema presenta un plan de cuidado múltiple de los miembros que considero magnífico: no estoy de acuerdo, sin embargo, en el término *plan*, creo que esa palabra es muy pobre para lo que representa. Un plan da la idea de algo opcional que puede tomarse, rechazarse o hacerse temporalmente y posteriormente dejarse. El pastor Aeschlimann presenta aquí algo que debemos tomar como un sistema de organización territorial de la iglesia.

Uniando los propósitos misioneros del plan de la *Unidades Evangelizadoras* con el *Plan*

Debemos crear en las congregaciones una organización territorial coherente con nuestro objetivo.

del Cuidado Múltiple de los Miembros podemos tener un verdadero sistema de organización coherente con nuestro objetivo, desde la cúspide hasta la base de nuestra estructura organizacional. Una organización que puede terminar la obra de Dios y que, desde luego, también gana almas para Cristo.

Dirección por crisis

Con un objetivo bien definido y con una organización acorde con él, terminamos de considerar la parte estática de la administración. El siguiente paso corresponde a la parte dinámica u operativa que es la dirección. La falta de claridad en el objetivo ha ocasionado incoherencias en la planificación y la organización a nivel de la congregación. Esto a su vez ha hecho que tengamos una dirección por campañas. Tenemos muchas campañas, operaciones, planes, etc. Parece que el trabajo de los

departamentales es prepararlos de tal manera que estén disponibles para cuando se presente una crisis. Casi para cada problema que se presenta tenemos una campaña o plan para contrarrestarlo. El pastor está esperando la crisis para sacar de su archivo el plan o campaña que la organización recomienda para tal caso. Si la crisis es que no hemos alcanzado el blanco de almas, hacemos una campaña evangelizadora. Si nos faltan recursos, una semana de mayordomía. Si estamos perdiendo miembros, Operación Rescate, etc.

La dirección por campañas que se aplica en la mayoría de nuestras iglesias no es otra cosa que la dirección por crisis; realmente quien nos dirige es la crisis del momento. En otras palabras, permitimos que Satanás tome siempre la iniciativa. Pero lamentablemente, para cuan-

Si analizamos nuestra manera de trabajar, lo que tenemos son tácticas y nos falta estrategia. Necesitamos desarrollar una estrategia correcta.

do encontramos la campaña o el operativo para defendernos, ya nos causó grandes pérdidas. En la dirección por campañas, únicamente podemos hacer una cosa a la vez. Difícilmente podemos mantener un programa equilibrado en la iglesia.

Por medio de la organización territorial podemos no sólo defendernos, sino al mismo tiempo atacar. Podemos dejar de ser manipulados por la crisis para dirigir efectivamente a la iglesia hacia su objetivo final. Cuando esto suceda, Satanás tendrá que ponerse a la defensiva, la crisis será para él y no podrá atacarnos desde adentro, sino que tendrá que atacarnos abiertamente desde afuera, como un enemigo plenamente identificado.

Conclusión

Un proyecto es un instrumento que se utiliza para cumplir un objetivo específico. No sólo es muy importante el objetivo sino también el tiempo de su realización. Un sentido de urgencia se hace sentir en todos los niveles de la organización, y cada actividad es muy impor-

tante. El éxito consiste en terminar bien y a tiempo.

Hay otro tipo de organismos que se crean con objetivos diferentes, como el de obtener utilidades. A este tipo de organización se llama empresa. El éxito se mide por el aumento de las ventas o por la producción. Sólo en épocas de crisis se tiene un sentido de urgencia. Es muy saludable que se institucionalice. Se procura que la empresa no termine nunca. La disolución de estos organismos es consecuencia del fracaso. Un claro ejemplo lo proporcionan las empresas que producen bienes de consumo: lavarropas, automóviles, televisores, etc. Su objetivo es vender más. Las sucursales y los vendedores se proponen objetivos numéricos de ventas. Se abren sucursales en los lugares adecuados de acuerdo con estudios de mercado, y nunca se instalarán en lugares que no sean promisorios. Sienten una gran satisfacción si abarcan un mayor espectro de mercado que la competencia.

¿A cuál de los dos tipos anteriores se parece nuestra iglesia? En función de objetivos nos parecemos al primero, pero tenemos los blancos que corresponderían al segundo. Parecería que nuestro objetivo es ganar un número determinado de almas o tener una mayor participación en porcentaje con respecto a otros movimientos evangélicos, entonces no hay concordancia entre el objetivo y los blancos.

En la última sesión trienal de la asociación a la que pertenezco, el lema fue: "Terminar la Obra en Nuestro Territorio". El blanco: "Casa por casa hasta la última casa". Yo esperaba que se dijera: "En nuestro territorio tenemos determinado número de casas. Con la cantidad de miembros de iglesia que tenemos podemos alcanzar tantas por año, y en tantos años terminaremos la obra". Pero el blanco fue: Ganaremos tantas almas en el año, y no se dijo cuándo terminaremos la obra.

En varios temas de esta sesión trienal se mencionó la cita de Josué 13: 1: "Y queda aún mucha tierra por poseer". Los blancos deberían concordar con esto. Los blancos fueron: número de almas, de dinero, de literatura, de escuelas, de construcciones, etc. No concordaron ni con el lema ni con el blanco.

¿No será tiempo de que dejemos descansar a Josué 13: 1 y nos acordemos de Josué 18: 3?: "¿Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que nos ha dado Jehová el Dios de vuestros padres?"

El mismo Dios que prometió esa tierra a Israel, nos la prometió en Mateo 28: 19: "Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo".

Y nos promete en Mateo 24: 14: "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin".

El mensaje tendrá que ser predicado por nosotros o por otros, pero hoy somos nosotros los que tenemos la oportunidad que muchos iniciaron pero no culminaron. Hicieron la obra de Dios. Ganaron almas. Así lo hicieron muchas generaciones, pero sólo una predicará y terminará. Nuestra generación no está llamada a hacer la obra de Dios: está llamada a terminarla. ¿Aprovecharemos esta oportunidad o la dejaremos a otra generación? Elena de White dice en *Obreros evangélicos*, página 364: "Los dirigentes de la causa de Dios, como generales sabios, han de trazar planes para que se realicen avances en toda la línea".

¿Estamos trabajando como generales sabios? Los generales sabios se encargan de la estrategia, el resto de las tácticas. ¿Cuál es la diferencia?:

La estrategia es el arte de mover y desplegar las fuerzas terrestres, aéreas y navales en la forma adecuada para imponer al enemigo el lugar, el tiempo y las condiciones que resulten más ventajosas para librar las batallas y alcanzar los objetivos propuestos. Incluye la victoria final.

La táctica es el arte de disponer y emplear las tropas en el campo de batalla. Cada arma tiene una táctica específica.

Si analizamos nuestra manera de trabajar, lo que tenemos son tácticas, y nos falta estrategia. Tenemos que desarrollar una estrategia correcta.

Veamos la estrategia del más grande general de Israel. El tenía un objetivo: la conquista de la tierra prometida. En Josué 18: 8 y 9 encontraremos su estrategia: "Y mandó Josué a los que iban para delinear la tierra diciéndoles: Id, recorred la tierra y delineadla, y volved a mí, para que yo os eche suertes delante de Jehová en Silo. Fueron, pues, aquellos varones y recorrieron la tierra, delineándola por ciudades en siete partes en un libro, y volvieron a Josué al campamento en Silo".

Josué necesitaba reconocer bien su objetivo, así que mandó elaborar un libro para des-

arrollar su estrategia. Posteriormente organizó al pueblo territorialmente; a cada familia su heredad. Cada individuo sabía lo que le correspondía. Tenía un objetivo específico. Dice Josué 19: 51: "Y acabaron de repartir la tierra".

Una estrategia que incluía la victoria final. Era un objetivo bien definido. Una planificación y una organización adecuadas y coherentes, bajo la dirección de Dios, hicieron que ocurriera lo que dice en Josué 21: 43: "Y la poseyeron y habitaron en ella".

¿No podremos nosotros también, como generales sabios, repartir el territorio que es el mundo? ¿No podremos a corto plazo consolidar y terminar la obra en los lugares en que ya estamos establecidos? A mediano plazo abarcaremos los sitios cercanos, y a largo plazo llegaremos a los confines de la tierra. Todo esto dentro de nuestra generación.

La dirección por campañas, que se aplica en la mayoría de nuestras iglesias, no es otra cosa que la dirección por crisis. Lo que nos dirige es la crisis del momento.

Entonces cumpliremos las palabras de Isaías 54: 2 y 3: "Ensancha el sitio de tu tienda, y las cortinas de tus habitaciones sean extendidas; no seas escasa: alarga tus cuerdas, y refuerza tus estacas. Porque te extenderás a la mano derecha y a la mano izquierda; y tu descendencia heredará naciones, y habitará las ciudades assoladas".

Quiera Dios que pronto llegue el día en que cada miembro de iglesia tenga un territorio y pueda decir: yo, para terminar la obra de Dios, necesito tres, cinco o veinte años. Si hiciéramos esto, como en la administración por objetivos, y se transmitiera a todos los niveles de la organización; si el pastor puede poner un plazo para terminar la obra en su distrito; si el presidente en su asociación/misión, y así sucesivamente en cada uno de los niveles jerárquicos de nuestra organización, tendríamos el objetivo común de concluir la obra en determinado tiempo.

¡Cómo anhelo ese día! Pero más anhelo el día en que todos podamos decir: "He acabado la obra que me diste que hiciese".

Música rock: rescatemos a nuestros jóvenes

Jorge M. Bruno

DE TODAS LAS expresiones musicales originadas por el hombre, ninguna ha llegado a ser tan popular y universal entre los jóvenes superando barreras idiomáticas, ideológicas, culturales y religiosas, como la música rock. Por cierto que esta música también ha cruzado fronteras denominacionales, y está haciendo su obra entre nuestros queridos jóvenes de la iglesia.

Hace dos años se hizo una encuesta¹ en tres colegios secundarios adventistas de Puerto Rico con los siguientes resultados: de 400 jóvenes adventistas –el 60% del total de los estudiantes encuestados–, el 36% tenía al rock como primera preferencia musical. Las cifras suben al 46% si consideramos el total de estudiantes, y tomando sólo a los no adventistas, al 62%.

Aunque los datos muestran que la penetración de esta música es mucho menor entre nuestros jóvenes comparados con los no adventistas, la preocupación tiene bases sólidas, ya que ese 36% lo pone como la primera preferencia, sin incluir cual sea la segunda, la tercera o la cuarta. Además, sólo el 40% de nuestros jóvenes adventistas seleccionó como primera preferencia la música religiosa. Casi nadie eligió la música clásica.

Mi pregunta es: ¿pasará ese mismo fenómeno en su iglesia? ¿Ha pensado cómo enfrentar este mal que quiere generalizarse aún más? Después de investigar, escribir, grabar y presentar el tema "El lado oculto del rock" a más de 6.000 jóvenes en Puerto Rico, intentaré dar algunas repuestas que le ayudarán en su ministerio.

Lo primero que decimos a nuestros jóvenes después de haber leído o escuchado algo contra el rock es: "No escuches esa música, es satánica". Pero no les proveemos información y evidencias claras para que tomen una decisión inteligente. No basta clasificar algo como "satánico" si no se ha demostrado el por qué y el cómo de su maldad. Creo que como líderes de la iglesia debemos informarnos y preocuparnos por hacer llegar esa información a los jóvenes que tanto la necesitan. Si después de advertirles en forma inteligente y comprensiva siguen escuchando esa música, entonces estaremos libres de responsabilidad ante Dios, aunque no libres de la responsabilidad de seguir orando y actuando con paciencia y amor salvadores. Al mismo tiempo que les advertimos sobre el mal debemos proveerles de orientación y de música que sirva como alternativa. Aprender a seleccionar buena música es una tarea que demanda tiempo, esfuerzo, sabiduría y perseverancia tanto de parte de los líderes de la iglesia como de los padres que educan a sus hijos.

Existen dos formas básicas de rock: el "soft-rock" (rock suave) y el "heavy-metal" (metal pesado). El suave se caracteriza por ser melódico, con ritmo y pulsaciones ("beat") menos marcados; es menos ruidoso y violento que el pesado, caracterizado por un ritmo fuerte, veloz y compulsivo; por sus estridencias instrumentales, por la letra cantada casi a los gritos, y especialmente por los efectos sonoros repetitivos que ejercen una notable acción hipnótica.

A mi modo de ver, las dos formas –el suave y el pesado– son medios utilizados por el enemigo de Dios para apartar a muchos jóvenes del gusto por las cosas de valor eterno. En el

¹Jorge M. Bruno es asesor espiritual y psicológico en el Colegio de las Antillas, Puerto Rico.

caso del rock suave la penetración satánica es menos abierta y más sutil –aunque hay excepciones–, pero igualmente peligrosa.

En este artículo me propongo proveer algunas evidencias por las que esta música está al margen del Evangelio y de la verdad:

1. *El excesivo énfasis en los elementos sensuales de la música.* Este énfasis es un desmedro de los elementos que apelan a la razón y la conciencia. Este desequilibrio ocurre tanto en el movimiento físico del baile, como en la letra y la música.

El término “rock and roll” fue acuñado “por un *discjockey* de la ciudad de Cleveland que lo tomó prestado del *ghetto* negro donde era usado como descripción de una manifestación sexual”.² No se puede negar la estimulación sexual del rock. Jóvenes que eran adictos al rock me confesaron cuán fácil era seducir a una mujer después de un concierto o de bailarlo.

Una encuesta realizada en 1977 en escuelas públicas del norte del estado de Florida en los EE.UU., reveló que de 1.000 muchachas solteras que resultaron embarazadas, 984 concibieron mientras escuchaban música rock.³ ¿Casualidad o evidente asociación?

2. *El uso excesivo de la amplificación.* Ya sea que se escuche con audífonos, en un equipo para el hogar o en vivo, la amplificación hace que el poder del rock sea total. En un concierto en vivo, la fuerza del sonido masajea todo el cuerpo y el oído a tal punto que se llega a percibir visceralmente, porque las facultades auditivas quedan adormecidas. Así la mente queda a merced del cuerpo y obedece a sus impulsos instintivos. El record mundial de amplificación en un concierto en vivo lo tiene el grupo británico “*The Who*” que el 31 de mayo de 1976 utilizó 76.000 vatios de amplificación en un concierto ofrecido en un estadio de fútbol en Londres. A 50 metros de distancia del sistema de sonido, el decibelímetro indicaba 120/dB, potencia suficiente como para causar cambios temporales o permanentes en la audición.⁴

3. *Induce a la perversión sexual.* Una preocupada madre publicó en la sección “Mi turno”, de la revista semanal *Newsweek*, una denuncia contra la pornografía en el rock.⁵ Ella cita como ejemplo la canción “*Eat Me Alive*” (Cómeme vivo) del grupo *Judas Priest* cuyo tema es un acto sexual oral exigido a punto de pistola. También menciona, entre varias, la canción “*Ten Seconds to Love*” (Diez segundos para amar) que describe una relación sexual dentro de un ascensor. La sexualidad “roquera” es mecánica, animal y desprovista de amor.

También hay canciones que promueven o describen conductas homosexuales (el grupo *Queen* –reina, sinónimo de homosexual– hasta en el nombre expresa su filosofía de la vida), la masturbación y la violación del séptimo mandamiento.

No es necesario entender inglés para ser afectado, la misma música se encarga de “liberar” al que voluntariamente se coloca bajo su poder hechizante. Si a la música añadimos el ambiente y las compañías, su influencia será avasalladora, y destruirá el gusto por las cosas celestiales.

4. *Promueve conductas violentas y delictivas.* La adoración a Satanás, las drogas y la música rock condujeron al joven Richard Kesso de 17 años y a sus amigos a asesinar en medio de cánticos y rituales satánicos a otro jovencito mientras lo obligaban a morir gritando “amo a Satanás”. Kesso fue a la cárcel y allí se ahorcó. El grupo *AC/DC* era su favorito.⁶

El notorio delincuente, Richard Ramírez de Los Angeles, California, cometió 20 violaciones y asaltos a californianos, además de 16 asesinatos, inspirado en una canción del grupo *AC/DC* titulada “*Night Prowler*” (El que asecha por la noche) del álbum “*Highway to Hell*” (Autopista al infierno). La canción describe a alguien que se introduce en el cuarto de un extraño. Era la canción favorita de Ramírez.⁷

Una sorprendida madre me explicó su reacción al llegar a un estadio cubierto llevando a sus hijos a un concierto de rock. Era la primera vez que iban a un lugar así. Al observar desde afuera lo que allí se hacía se horrorizó y salió enseguida. Vió destruir sillas, gritar descontroladamente, hacer piruetas grotescas y otras barbaridades que los seres racionales no pueden tolerar.

La violencia se observa en los mismos cantantes: rompen guitarras y micrófonos, se comen vivo algún animal, y sus rostros desencajados y en trance se asemejan muchísimo a las caricaturas de los demonios. Por cierto que en todo concierto no falta la droga, publicitada por la misma letra de las canciones. Se denomina “*Acid Rock*” (Rock ácido) a las canciones que favorecen las drogas o que han sido compuestas bajo el efecto de ellas.

5. *Satanismo sutil o abierto.* Este es el punto que más he investigado y sobre el cual seré más explícito dentro de las limitaciones de espacio de este artículo.

a. *Los nombres.* La mayoría de los grupos más famosos de rock (casi todos británicos) tie-

nen un nombre con un significado oculto. Muchos de sus significados son satánicos o aluden a la obra del enemigo de Dios. Por ejemplo: *Black Sabbath* (Sábado negro), *Judas Priest* (El sacerdote de Judas), *Grateful Dead* (Muerto agradecido), *Styx* (que es del infierno o relativo a él; proviene del nombre propio que en castellano es Estigia), *Alice Cooper* (nombre puesto por un demonio en una sesión espiritista a un cantante varón llamado Vincent Fournier, hijo de un pastor bautista de la ciudad de Phoenix, Arizona).

b. *Las carátulas o tapas*. Innumerables álbumes están llenos de elementos o figuras con claras connotaciones satánicas. Aparecen diablos, cuernos, estrellas de cinco puntas, cruces invertidas, bestias monstruosas, brujos, endemoniados, deidades paganas, monolitos de convocación de espíritus, etc. En el álbum titulado "*The Number of the Beast*" (El número de la bestia) del grupo *Iron Maiden*, aparecen una calavera viviente, un diablo todo de rojo y una escena que se asemeja a un infierno de fuego donde se retuercen sombras que parecen humanas y angelicales. En la contratapa está escrito con gruesas letras antiguas "Apocalipsis 13: 18".

c. *Los temas*. La técnica religiosa es muy profusa en el rock (principalmente por las raíces históricas de su surgimiento, en parte como una metamorfosis de la música negra norteamericana) y presenta una sugestiva e hipnótica mezcla de espiritismo, orientalismo y pseudocristianismo.

Algunos ejemplos de título de canciones: "*Demons and Wizards*" (Demonios y hechiceros); "*Evil Ways*" (Los caminos del diablo); "*Friend of the Devil*" (El amigo del diablo); "*Devil's Child*" (El niño del diablo); "*Vision of Paradise*" (Visión del paraíso); "*Dragon Attack*" (Ataque del dragón); "*Rhythm Devile*" (Ritmo diabólico); "*Guru's Song*" (Canción de gurú); "*Reincarnation*" (Reencarnación). La lista es muy larga, pero creo que estos ejemplos son suficientes para mostrar el interés de los compositores de rock. También hay temas bíblicos y teológicos, temas sobre la muerte y la inmortalidad, sobre la sangre, sobre la piedra y sobre los animales, como también sobre el sexo, sobre las drogas y sobre el libertinaje.

d. *Los mensajes ocultos*. Algunas canciones de música rock grabadas en inglés contienen mensajes ocultos percibidos al ser escuchadas al revés; la mayoría tiene una clara naturaleza satánica. Desconozco si se han investigado canciones en castellano, pero es

posible que contengan mensajes semejantes. Algunos de esos mensajes ha sido colocados intencionalmente y por lo tanto la voz es casi natural al revés, pero otros están allí sin que sus autores lo supieran o hubieran intentado ponerlos y por lo tanto la voz humana está bastante distorsionada pero no lo suficiente como para que no puedan entenderse los mensajes.

Los peores mensajes que yo he escuchado son: el que aparece en la canción "El Dorado" del grupo *Electric Light Orchestra* (ELO) que dice "*You are the nasty one Christ. You are infernal*" (Tú eres la porquería, Cristo. Tú eres infernal). Y los siete mensajes de la canción "*Stairway to Heaven*" del grupo Led Zeppelin, entre los cuales están: "*I live with Satan*" (Vivo con Satanás); "*He will give you six, six, six*" (El te dará el seis, seis, seis) y "*Here's to my sweet Satan*" (Aquí está para mi dulce Satanás). Lo más sorprendente de esta última canción es que su ritmo es muy suave, casi como una balada, con sonido de flauta como fondo instrumental. Pertenece a lo que sería el rock suave. La letra de la canción se refiere a una joven que murió y fue a la inmortalidad, su título en castellano es "Escalera al cielo". Como se ve, el rock suave tampoco es "mejor" que el pesado, aunque es cierto que en esta última modalidad el satanismo es más abierto y desvergonzado.

Muchas canciones contienen este tipo de mensajes que aunque no son captados por la mente consciente, sí trabajan desde el inconsciente sin que necesitemos entender o no el inglés. Y si usted escucha la excusa "Yo no escucho a esos grupos satánicos", o "yo escucho sólo el suave", recuerde que están todos los otros elementos de juicio mencionados antes, y aún la posibilidad de que sea una canción como "Escalera al cielo".

Mi mensaje final es: si en su iglesia descubre que hay jóvenes "enviciados" con el rock o con otra forma musical secular de la zona que sea impropia para un cristiano, tendrá que buscar con oración y esfuerzo la forma de proveerles orientación y ayuda. Si no lo hace usted, ¿quién lo hará? ■

¹ Departamento de Salud y Temperancia, *Asociación Puertorriqueña del Este*, 20 de marzo de 1984. ² Bob Larson, *Rock and Roll Devil's Diversion*, pág. 45. ³ Rafael Escandón, "La música y sus efectos", *El Centinela*, año 81, número 7, 1977, pág. 10. ⁴ Morris McWhister, *Guinness Book of World Records 1983*, pág. 210. ⁵ Kandy Stroud, "Stop pornographic rock", *Newsweek*, 6 de mayo de 1985, pág. 14. ⁶ *El Nuevo Día*, San Juan, Puerto Rico, 8 de julio de 1984, pág. 16. ⁷ *Ibid.*, 2 de setiembre de 1985, pág. 13.

Cristo: mediador e intercesor

A. Manuel Rodríguez

EL PENSAMIENTO CRISTIANO ha asignado una función significativa a la obra mediadora de Cristo, particularmente la soteriología y la cristología. Desde el tiempo de Calvino los protestantes analizaron la mediación de Cristo usando las categorías de profeta, sacerdote y rey. Esas tres categorías se llegaron a conocer como los tres oficios de Cristo (en latín, *triplex munus*).¹ Los teólogos católicos también usan esas categorías en sus discusiones sobre la mediación de Cristo.² Sin embargo, es precisamente en la interpretación de la obra mediadora de Cristo donde los protestantes y los católicos toman senderos teológicos distintos. Esto se debe en gran medida a que el catolicismo establece en su teología un lugar para la mediación de los sacerdotes, de los ángeles, de los santos, y de la virgen María.³ Esos mediadores logran, en cierta forma, usurpar la mediación de Cristo.

En la teología adventista la mediación de Cristo también juega un papel muy importante. La razón de esto se encuentra en el interés que

ha tenido la iglesia en la tipología del santuario y sus servicios. La mediación y la intercesión de Cristo se han interpretado principalmente en el marco del cumplimiento tipológico de la mediación sacerdotal del AT.

En este trabajo nos proponemos explorar la obra de mediación e intercesión de Cristo en forma amplia a fin de poder identificar las características principales de su naturaleza y función. Esto lo haremos analizando las secciones principales del AT y del NT donde los conceptos de mediación y de intercesión afloran en forma bastante clara.

Los términos: "mediación" e "intercesión"

El vocabulario bíblico que se usa para expresar la idea de intercesión pertenece al vocabulario de la oración.⁴ De hecho, la *intercesión* es un tipo de oración. Es la oración que se eleva a favor de otra persona.

En el AT el verbo que en una forma especial viene a expresar la idea de intercesión es *palal*. Ese verbo, en una de sus formas verbales

La mediación y la intercesión de Cristo se han interpretado principalmente en el marco del cumplimiento tipológico de la mediación sacerdotal del AT.

(*hithpael*), significa "orar", "orar a favor de", "interceder", e.g. 1 Sam. 2: 1; Gén. 20: 7, 17; Deut. 9: 20. La intercesión es mayormente una función del profeta.⁵ El orar a Dios a favor del pueblo (Elías, 1 Rey. 17: 20; Eliseo, 2 Rey. 4: 32, 33; Amós 7: 2, 5; Miq. 7: 18, 19; Jer. 21: 2; 42: 1-4; 27: 18; Eze. 9: 8; 11: 13). El rey también intercede por el pueblo (2 Sam. 24: 17; 1 Rey. 8: 30-32; 2 Crón. 30: 18), al igual que el sacerdote (Joel 2: 17). Claro está, hay otros intercesores en el AT, tales como Abrahán (Gén. 20: 17) y Moisés (Exo. 32: 11-14). Sin embargo, la intercesión está limitada mayormente a los grupos ya mencionados. A esos personajes Dios los ha seleccionado para tareas especiales y por esa proximidad especial a Dios ellos pueden solicitarle el perdón de pecados del pueblo y su bendición sobre ellos.

De paso debemos mencionar que el AT conoce también un tipo de intercesor angelical. El Angel de Yahweh intercede delante del Señor por Jerusalén y por las ciudades de Judá (Zac. 1: 12).⁶

Otro verbo que se usa en el AT para expresar la idea de interceder es *paqa'*. El verbo significa "encontrar (a alguien)" (Gén. 32: 2). Ese encuentro puede resultar en que una de las partes haga una petición, o interceda por otra parte (Gén. 23: 8; Jer. 27: 18).⁷ Probablemente uno de los usos más significativos de ese verbo se encuentra en Isaías 53: 12. El Siervo del Señor intercedió por los transgresores cargando sobre sí mismo el pecado de ellos. Intercesión y sacrificio se unen aquí como medio de reconciliación.

En el NT el vocabulario usado para referirse a la intercesión es también variado y pertenece al campo semántico de la oración. Uno de los verbos usados es *deómai*: "pedir, solicitar, rogar". Que el verbo puede expresar la idea de interceder queda claramente indicado por su uso en Hechos 8: 24 y Lucas 22: 32. De ese verbo se deriva el sustantivo *déesis* = "petición", "intercesión" (Rom. 10: 1; 2 Cor. 1: 11; 9: 14).⁸ El verbo *proseújomai* = "orar, rogar" se usa también en el NT en el sentido de interceder (1 Tes. 5: 25; 2 Tes. 3: 1; Sant. 5: 14). Para referirse a la intercesión de Cristo en el NT se usa el verbo *entunjáno* que significa "interceder por" alguien. Originalmente el verbo significaba

"encontrarse con una persona". De ahí se derivó el significado de "conversar con alguien", "tener íntima comunión con alguien", y finalmente vino a expresar la idea de tener tanta confianza con alguien como para hacerle una petición en favor de otro.⁹ En la literatura griega a menudo la petición se hacía al rey.¹⁰ Hebreos 7: 25 señala que Cristo vive para interceder por nosotros. Lo mismo leemos en Romanos 8: 34, donde se usa el mismo verbo con la preposición *juper* añadida a este (*juperentunjáno*) y significa "interceder por alguien como su representante".¹¹ Un derivado del verbo *entunjáno* es el sustantivo *énteuxis* que significa, en el NT, "petición, intercesión" (1 Tim. 2: 1).¹²

Se usa muy poco en la Biblia el vocabulario que expresa la idea de mediación. En el AT no parece haber un término que exprese claramente y en forma constante la idea de mediación.¹³ Algunos han encontrado en varios de los usos del verbo *palal* –que como ya indicamos se puede traducir en algunos casos como "interceder", –referencias a un "árbitro".¹⁴ Por ejemplo, 1 Samuel 2: 25: "Mas su alguno peca contra Jehová, ¿quién rogará por él?", se interpreta en el sentido de, ¿quién ejercerá la función de árbitro entre él y Dios? Aunque esa interpretación es posible, es mejor retener el significado más común del verbo en el sentido de "interceder". Lo que esto indica es que, como veremos, las ideas de árbitro o mediador, e intercesor están íntimamente unidas.

Con el verbo *yakah* ("determinar lo que es justo")¹⁵ tenemos más posibilidades de encontrar la idea de árbitro. Es únicamente en Job 9: 33 donde esa idea se expresa con bastante claridad: "No hay entre nosotros árbitro [*mokiah*], que ponga su mano sobre nosotros dos". Ante Dios, Job descubre que necesita una tercera parte que defienda su caso o que actúe como árbitro. La explicación que provee Samuel Terrien del término *mokiah* ("árbitro", un participio *hifil*), parece ser muy acertada: "La palabra *mokiah* se aplica a una persona que decide, juzga y convence, a veces corrige y reprende. El significado asombroso de su uso en este verso yace en el hecho de que este se refiere aquí a algún ser hipotético quien sería diferente a Dios y al hombre y quien "ponga su mano sobre nosotros dos".¹⁶

Como podemos ver, el AT carece del vocabulario que se usaría comúnmente para expresar la idea de mediación. En la literatura rabínica es donde se usa un término que significa "negociar, mediar", es decir, *sarsar*; y para "mediador", *sarsor*.¹⁷ Sin embargo, esto no significa que la idea de mediación era desconocida en el AT. Como veremos, el concepto de mediación era de central importancia en la religión israelita.

En griego el vocablo que se traduce al español como "mediador" es *mesites*. El vocablo "mediador" es un derivado del latín "medius". Con esa palabra se designaba a la persona que se encontraba entre dos personas o grupos, en el medio de ambos. El término latín se derivó del griego *mésos*, usado para referirse al lugar del medio.¹⁸ De hecho, *mésos* es un término legal con el cual se hacía referencia a un lugar neutro que usaban dos partes en conflicto. En ese lugar se encontraba un árbitro cuya tarea era la de juzgar la situación y resolver el problema.¹⁹ Ese árbitro se llamaba *mesites*, "mediador, árbitro".

El *mesites*, de acuerdo con la literatura griega, era fundamentalmente una persona neutral en quien dos partes podían confiar.²⁰ En ese caso podría referirse a un árbitro en transacciones legales. En su función de mediador/árbitro, él trataba de resolver el problema que confrontaban las dos partes a fin de evitar que tuviesen que ir a corte.²¹ A veces se le entregaba un objeto o dinero que estaba en disputa hasta que el conflicto se resolviese. El *mesites* podía ser, además, el testigo en una transacción legal, o el que garantizaba la ejecución de un acuerdo. Podría aun ser el fiador que usando sus propios fondos pagaba la fianza de otra persona.²²

El verbo *mesitéuo*, "mediar", indica, en sus usos en la literatura griega, otro aspecto del mediador. El mediador es un negociador. Su tarea es la de crear una relación entre dos personas o grupos, que de otra manera no hubiera existido.²³ Esto podía deberse a que ambas partes se desconocían, o a que estaban en guerra y era necesario establecer un tratado, un pacto de paz.

En el NT *mesites* es usado seis veces (Gál. 3: 19, 20; 1 Tim. 2: 5; Heb. 8: 6; 9: 15; 12: 24), y el verbo *mesitéuo* una sola vez (Heb. 6: 17). Todos los pasajes en los que se usa el sustantivo *mesites* se refieren a la mediación de Cristo, con la excepción de Gálatas 3: 19, 20, que se refiere a Moisés. El verbo nunca se aplica a Cristo. Una vez más notamos la escasez del

uso del vocabulario de mediación en la Biblia. No obstante, al igual que en el AT, el concepto de mediación es sumamente importante en el NT.

Lo dicho hasta ahora indica que la mediación, en su sentido amplio, consiste en comunicar o transmitir algo de una persona o grupo a otra persona o grupo. Puede consistir también en poner a dos personas en contacto la una con la otra, e.g. el casamentero que hace los arreglos necesarios para que se realicen sus competencias deportivas. La mediación, finalmente, pretende poner a dos personas de acuerdo. Las personas o grupos entre los cuales el mediador realizaba su tarea se encontraban distanciados por el desacuerdo, la ignorancia, o aun por la hostilidad.²⁴

La intercesión, por otro lado, consiste en presentar peticiones ante un superior a favor de otras personas. A menudo la persona que intercedía se identificaba con la necesidad de aquel por quien intercedía.

Necesidad de la mediación y la intercesión

La importancia de la mediación y la intercesión está determinada por la necesidad que de ellas tiene el hombre. Plantear, pues, la pregunta de la necesidad es apropiado. La mediación de la que estamos hablando es obviamente la mediación religiosa. Esa es la mediación que permite que se cree, se mantenga y se restaure una relación significativa entre Dios y lo creado. Hay por lo menos tres razones fundamentales para justificar la necesidad de la mediación:

1. *El ser de Dios es distinto al de las criaturas.* Dios es el creador de todo lo que existe (Gén. 1, 2). Pero El trasciende, en su forma de ser, a sus criaturas.²⁵ El modo de ser de Dios es absoluta e inconmensurablemente distinto al de la criatura. La existencia humana es derivada. La vida nos es transmitida por nuestros padres, y la mantenemos por medio de la alimentación y la respiración. La fuente de esa vida no es otra sino Dios. Nada de lo creado posee vida en sí mismo.

Cuando hablamos de Dios hablamos de un modo de existir distinto y único. Mientras que la criatura tiene vida, Dios es vida en sí mismo. Su existencia no depende de factores externos a El. No hay nada que contribuya al existir divino. La causa y el origen del existir de Dios residen únicamente en El mismo. ¿Cómo puede establecerse una relación significativa entre la forma de existir humana y la divina cuando una

El origen del vocablo mediador señala a un árbitro cuya tarea es juzgar la situación y solucionar el problema.

es infinita y la otra finita? Es necesario asumir la presencia de un mediador.²⁶

2. *Dios no forma parte de la creación.* El está separado de ella. Lo creado no fue hecho de lo divino, sino *por* lo divino. Dios está fuera de lo creado.²⁷ Lo creado no puede contener o circunscribir a Dios (2 Rey. 8: 27). El está por sobre lo creado, pues es distinto a la creación; El es único. En su persona, El es "el Diferente". Es a esa diferencia a lo que la Biblia se refiere cuando llama a Dios "el Santo" (Isa. 40: 25). La palabra hebrea traducida "santo" es *qadosh*. Su significado básico parece ser "separado".²⁸ El vocablo designa a Dios como único. Dios es santo porque lo que El es, únicamente El lo es. Como El no hay otro Dios, y no existe nada semejante a El (Isa. 46: 9). El no es hombre (Job 9: 32). El está separado de la creación en el sentido de que no es parte de ella, y lo que El es y posee es exclusivamente suyo. Esa separación no significa que la creación es mala o impura. Lo que significa es que el Creador es distinto a la creación, y está más allá de ella. ¿Cómo puede ese Creador que trasciende la creación entrar en contacto y establecer algún tipo de relación con ella? Se necesita un mediador.

3. *La presencia del pecado.* En su estado edénico el hombre, habiendo sido creado a la imagen de Dios, podía disfrutar de la presencia divina. Ese encuentro era posible porque Dios condescendía a bajar al nivel de la criatura. Tal condescendencia era, en sí misma, un acto de mediación. Con la entrada del pecado, la necesidad de la mediación se hace aún mayor. El pecado viene a crear entre Dios y el hombre un abismo insondable. La separación no está determinada ahora únicamente por la infinita diferencia que existe entre el Creador y lo creado. Ahora hay una separación de tipo moral entre Dios y el hombre. El hombre se ha separado de Dios en una forma desconocida anteriormente (Gén. 3: 8; Isa. 59: 2). El hombre se ha corrompido al punto de no querer nada con Dios,²⁹ y se encuentra en un estado de abierta hostilidad y rebelión contra su Hacedor.³⁰ Esa hostilidad se revela, parcialmente, en la ausencia que hay en el hombre de todo deseo genuino, o de todo interés natural, por tener una profunda y sincera comunión con Dios.

Dios toma en serio la actitud rebelde del hombre y responde con una manifestación de su ira. Esa es la reacción de un Dios santo ante quien el pecado es detestable.³¹ En su ira El condena y destruye al pecado y al pecador. Si la ira divina se expresara en plenitud, la separación entre el hombre y Dios sería absoluta y el ser humano se extinguiría para siempre. La mente eterna separaría al hombre en forma definitiva de Dios.

Esta separación no se realiza porque Dios es un Dios perdonador. Si la comunión entre Dios y el hombre es restaurada, es porque Dios toma la iniciativa e interpone entre El y el hombre un mediador. Faltándole al ser humano aun el mismo deseo de tener comunión con Dios, es necesario que Dios se autopropicie y que sea El quien salga en busca del hombre. Es Dios quien salva el abismo. En ese contexto, la función del mediador no es la de preservar una relación sino la de restablecerla. En esa tarea hay un precio que debe ser pagado. Se entrecruzan aquí los conceptos de mediación, intercesión, expiación y redención.

La necesidad de la mediación no puede ser negada. El modo de ser divino, al igual que su separación del mundo creado, exigen que la presencia de Dios sea mediada a la criatura. Además, las consecuencias catastróficas del pecado sobre el hombre y su relación con Dios hacen de vital importancia la presencia de un mediador entre el Creador y la criatura (Job 16: 19).

Mediación en el AT

El concepto de la mediación y su práctica era un fenómeno religioso conocido entre las religiones contemporáneas con Israel. Un par de ejemplos así lo evidenciará.

En la religión babilónica se hablaba de dioses inferiores cuya función era, entre otras, la de orar por los hombres. Se lo conoce generalmente bajo el nombre *karibu* ("el que ora"). Esos dioses podían ser masculinos (*shedu*) o femeninos (*lamasati*). Sus estatuas se colocaban en las entradas de los templos, para impedir que fuesen profanados. Ellos también daban acceso al adorador al templo.³²

Sin embargo, los dioses mediadores más comunes eran llamados los dioses personales.

En Babilonia el adorador no tenía en verdad acceso a los dioses mayores, como por ejemplo, Marduck. El dependía para suplir sus necesidades de los dioses personales. Cada persona establecía una relación especial con una pareja de dioses. El era su hijo y su siervo. Proveía sacrificios a esos dioses personales, y ellos lo protegían e intercedían por él ante los dioses principales.³³ Ese mismo concepto era conocido entre los hititas en Asia Menor.³⁴

En Babilonia, el rey y los sacerdotes ejercían también las funciones de mediadores. El rey, que también era sacerdote, era un mediador entre los dioses y el pueblo. El, en representación del pueblo, proporcionaba a los dioses los servicios en los templos, y también construía los santuarios. Las bendiciones de los dioses y el bienestar de la tierra llegaban a los ciudadanos a través del rey.³⁵ Los sacerdotes también tenían una relación especial con los dioses. Estaban capacitados para la adivinación y la magia. Por medio de los encantamientos y las ceremonias de purificación protegían a los hombres de los efectos dañinos de los demonios y de la magia negra.³⁶

En Egipto la mediación era una prerrogativa casi exclusiva del faraón. El era divino y era el sacerdote del pueblo. Como tal mediaba el homenaje del pueblo a los dioses y los dones de los dioses a los hombres.³⁷ Como hijo de los dioses él era el único que podía construir templos y entrar a ellos. Por su obra de mediación había abundancia de peces en el Nilo, y el ganado se multiplicaba. Aun después de morir continuaba su obra de mediador intercediendo por los muertos ante el tribunal del dios Ra (el dios sol).³⁸

Mediadores humanos y divinos

En en AT se reconoce que Yahweh también utiliza diferentes mediadores para llegar al hombre. Esos instrumentos pueden ser agrupados en dos categorías: los humanos y los divinos.

1. *Mediadores humanos.* Para llegar al ser humano Dios utiliza algunos hombres y mujeres escogidos por El. Debe reconocerse que, hasta cierto punto, la mediación para que sea verdaderamente efectiva debe asumir la forma de aquél que recibirá el beneficio de ésta. Estos son seres humanos a los cuales Dios se manifiesta en una forma especial, utilizándolos como instrumentos. Generalmente el pueblo reconoce también la naturaleza mediadora del ministerio de esos individuos.

a. *Los líderes del pueblo como mediadores.* Con la frase "líderes del pueblo" nos referimos a los reyes y a los líderes carismáticos, es decir las personas a quienes Dios habilitaba por medio del Espíritu para dirigir a su pueblo en las guerras. En forma especial es el rey quien se distingue como un instrumento de mediación. El verdadero rey de Israel es Yahweh, pero Yahweh ha puesto el trono y el reino en las manos de David como su representante (2 Crón. 13: 8). Al ascender al trono el rey es declarado hijo de Dios (Sal. 2: 7) legitimizándose así su carácter de rey.³⁹ Como representante de Dios, el rey es el monarca del mundo entero (Sal. 72: 8-11), y su función es la de preservar el orden de ese mundo.⁴⁰ Esto lo hace mediando por la justicia, la paz, y aun la sabiduría de Dios sobre la tierra, (Sal. 72: 1-4, 7; Isa. 11: 2).⁴¹ En una forma especial el rey es el mediador de la actividad salvífica de Dios.⁴² El, al igual que los líderes carismáticos, traía salvación al pueblo al liberarlo de la opresión de sus enemigos (Sal. 89: 19; Jue. 2: 16; 1 Sam. 10: 27; 11: 13).

b. *Los profetas como mediadores.* Los profetas son hombres y mujeres escogidos por Dios para comunicar mensajes especiales a su pueblo. A ellos viene en forma única la palabra de Dios. Se convierten así en mediadores de mensajes de salvación y juicio. Ellos no son líderes políticos, ni necesariamente administradores en el reino.⁴³ El profeta es enviado por Dios para comunicar a otros el pensamiento divino (Jer. 23: 28).⁴⁴ Como ya señaláramos, son ellos los que en una forma especial interceden por el pueblo ante Dios.

c. *Los sacerdotes como mediadores.* Para el sacerdocio Dios escogió de la tribu de Leví a la familia de Aarón. Así el sacerdocio se institucionalizó. Fundamentalmente el sacerdocio es, por así decirlo, una institución de mediación.⁴⁵ La función del sacerdote como mediador es mucho más significativa de lo que el AT parecería sugerir a primera vista.⁴⁶ Como mediador él representa a Dios ante el pueblo y al pueblo ante Dios. Como representante de Dios ante el pueblo, realizaba las siguientes funciones: 1) revelaba la voluntad de Dios por el *urim* y el *tumin* (Exo. 28: 15-29; 39: 8-21; Deut. 38: 8); 2) tomaba decisiones judiciales actuando en ocasiones como juez (Deut. 17: 8-10; Eze. 44: 24); 3) instruía al pueblo enseñándole la *Torah*, la Ley (Deut. 31: 9-11; Lev. 1-5; Eze. 44: 23; Ose. 4: 6); 4) bendecía al pueblo (Núm. 6: 22-27; Lev. 9: 22; Sal. 118: 26). Como representante del pueblo ante Dios, el sacerdote realizaba las

La necesidad de la mediación no puede ser negada. El modo de ser divino, al igual que su separación del mundo creado, exigen que la presencia de Dios sea mediada a la criatura.

siguientes funciones: 1) ministraba en el santuario en los servicios diarios y anuales presentando ante Dios las alabanzas y peticiones del pueblo; 2) ofrecía sacrificios a favor del pueblo. Estos sacrificios tenían el propósito principal de expiar el pecado del adorador (e.g. Lev. 4: 27-31). La expiación se realizaba por la inmolación de la víctima, la manipulación de la sangre, que en ocasiones era asperjada en el santuario, y el rito de comer la carne sacrificial cuyo propósito era transferir el pecado al sacerdote, y por medio de él al santuario (Lev. 10: 17, 18). Esa mediación expiatoria llegaba a su culminación en el Día de la Expiación (Lev. 16).⁴⁷ Tal mediación era de carácter reconciliatorio.

Los tres tipos de mediación que hemos discutido se caracterizan por el hecho de que los mediadores eran individuos escogidos por Dios para esa tarea. Es cierto que el sacerdocio, por ser una institución, pasaba casi en forma automáticamente de padre a hijo. Sin embargo, en su origen Dios escogió la familia que asumiría esa función. Los mediadores no se autodesignaban. Era Dios el que tomaba la iniciativa. Era Dios quien definía y establecía los medios por los cuales había acceso a El.

2. *Mediadores divinos.* El AT menciona varios mediadores de carácter divino. Es posible que el término "divino" no sea el mejor para designar a estos mediadores. Podría darse la impresión equivocada de que en el AT existían dioses inferiores cuya función era la de actuar como mediadores entre Yahweh y los hombres, poniendo así en peligro el monoteísmo bíblico. Los designamos "mediadores divinos" porque algunos de ellos son mensajeros de Dios identificados en el texto bíblico mismo con Yahweh, y otros son atributos divinos personificados. En todos ellos, es Dios mismo el que actúa.

a. *El Ángel del Señor.* El Ángel del Señor es un mensajero cuya función es llevar mensajes especiales a los hombres (Gén. 16: 7; Núm. 22: 35); protege y libera de peligros al pueblo de Dios (Exo. 14: 19, 20); e instruye y guía a los siervos de Dios (Gén. 24: 7, 40; 1 Rey. 19: 7). En la obra de liberación ese ángel puede usar a los líderes del pueblo (Jue. 2: 1; 6: 12-16). Lo que hace a este ángel singular es que se lo iguala a Dios (Gén. 16: 7-13; Jue. 6: 12-14). Ese Ángel puede perdonar transgresiones

(Exo. 23: 21, 23). El Ángel del Señor no se halla, por lo tanto, en el mismo plano que los demás ángeles.⁴⁸ El es nada menos que Yahweh manifestado en la historia del hombre en forma visible.⁴⁹ Es una automanifestación de Dios que protege su trascendencia. Dios aparece así, en forma oculta, para realizar acciones salvíficas entre los hombres.⁵⁰ El Ángel del Señor no es otro que Dios mismo condescendiendo al nivel de la criatura para así mediar su presencia.⁵¹

b. *El Espíritu del Señor.* En una forma especial es por medio del Espíritu que Dios está presente en la tierra. El concepto del Espíritu viene a expresar, por lo tanto, la vitalidad y la omnipresencia divina (Sal. 139: 7).⁵² Es por medio de El que Dios da vida (Job 33: 4; 27: 3), y preserva todo lo creado (Sal. 104: 30).⁵³ Se lo iguala con Dios (Isa. 31: 3)⁵⁴ y es, por tanto, una persona (Sal. 139: 7; Isa. 34: 16; 48: 16).⁵⁵ Como sujeto personal asume una función mediadora entre Dios y el hombre. Es por medio del Espíritu Santo (Isa. 63: 10; Sal. 51: 13) que Dios capacita a los jueces para realizar la obra de Dios (Jue. 3: 10; 6: 34; 11: 29; 13: 25; 14: 6, 19; 15: 14), al igual que a los reyes (1 Sam. 10: 6, 10; 11: 6; 16: 14; 19: 23).⁵⁶ En una forma especial el Espíritu comunica al profeta el mensaje de Dios (Miq. 3: 8; Ose. 9: 7).⁵⁷ El Espíritu es, pues, el medio que Dios utiliza para comunicarle poder y revelaciones a sus escogidos.

c. *La Palabra de Dios.* La Palabra de Dios es la expresión del pensamiento divino que permite al hombre conocer a Dios.⁵⁸ Se podría decir incluso que esa Palabra no es otra cosa que la expresión del carácter de Dios.⁵⁹ Dios se revela en una forma particular a los profetas por su Palabra.⁶⁰ Dios habla y el profeta escucha la Palabra. Esa Palabra llega al profeta y lo arrastra, casi, a la acción (Jer. 20: 7-9; Amós 7: 15). En la Palabra Dios revela su acción presente y futura en la historia y por la proclamación del profeta llega al mundo entero.⁶¹ La Palabra de Dios es un instrumento divino para comunicar al hombre el conocimiento de la voluntad de Dios.⁶² Así puede asumir la forma de ley (Exo. 34: 28). La Palabra también puede ser el vehículo de la acción divina que proporciona al hombre la salud física (Sal. 107: 19, 20) y el perdón de pecados (Sal. 130: 3-5).⁶³ Esa Pala-

bra es tan poderosa que al emitirse realiza aquello que anuncia (Isa. 55: 10, 11). En la Palabra hay, pues, un elemento de dinamismo, de acción. En ella Dios interviene en la historia⁶⁴ y realiza sus designios. De ahí que en algunos casos la Palabra de Dios parecer ser personificada (Sal. 147: 15; 107: 20).⁶⁵ La mediación de la Palabra consiste en que Dios sea accesible a los hombres. No es ésta la mediación que acerca al hombre a Dios, sino la que acerca a Dios al hombre.⁶⁶ Es decir, Dios toma en ella la iniciativa, envía sus mensajes y actúa.

d. *La sabiduría del Señor.* La sabiduría es un atributo de Dios (Job 12: 13). En El los hombres pueden encontrar sabiduría y El está dispuesto a proveersela (Prov. 2: 6; Job 11: 6).⁶⁷ Por medio de ella Dios fundó la tierra (Prov. 3: 19) e hizo todo lo que existe (Jer. 10: 12). La sabiduría se expresa en el orden del cosmos y en los principios que rigen ese orden.⁶⁸ Esa sabiduría es para el hombre fuente de vida (Prov. 13: 14; 16: 22). Si él se somete a ella, lo librará del mal (Prov. 14: 16; 13: 14). La sabiduría es también personificada.⁶⁹ Se la describe como a un predicador que proclama su mensaje en las calles y en las plazas (Prov. 1: 20). Es la esposa sabia que debe ser amada (4: 6-9); es un miembro de la familia (7: 4). Dios la da en forma especial a sus instrumentos humanos (Gén. 41: 33; Exo. 31: 3; 1 Rey. 3: 12). Es la sabiduría la que habilita a los reyes y príncipes para realizar sus tareas (Prov. 8: 14-16). La sabiduría de Dios es un medio por el cual El revela al hombre su voluntad, y los misterios de su accionar. El hombre llega a conocer algo de Dios porque El le transmite su sabiduría.

En los mediadores divinos que acabamos de analizar es Dios mismo el que actúa, dejando sentir su presencia en su creación. Es bueno señalar que entre los mediadores divinos y los humanos existe una íntima relación. El Angel del Señor en su función de guiar y traer liberación al pueblo de Dios utiliza a lo líderes carismáticos y a los reyes. El Espíritu del Señor descende sobre líderes políticos y profetas dándoles el poder necesario para realizar sus obras como mediadores. La Palabra del Señor llega a los reyes, profetas y sacerdotes para que conozcan, proclamen y custodien la voluntad revelada de Dios. Es muy probable que la palabra que traía sanidad y perdón de pecado fuese mediada en el templo por el sacerdote.⁷⁰

Lo anterior sugiere que los mediadores divinos obran particularmente por medio de los mediadores humanos. Esto significa que los me-

diadores humanos no tienen acceso inmediato, no mediado, a Dios como tal. Dios llega a ellos y se comunica con ellos por medio de sus propios mediadores, que no son otra cosa que la expresión de su condescendencia. El siguiente diagrama ilustra la posición de los mediadores:



En la obra de mediación es Dios el que toma la iniciativa y la conserva hasta el fin del proceso. El usa sus instrumentos humanos y divinos a fin de comunicarse y mantener una relación positiva con el hombre.

Mediadores de la Palabra y de la acción de Dios

A fin de poder tener una visión más completa de la tarea del mediador es necesario observar más de cerca a algunos de ellos mientras realizaban su obra de mediación. Nos proponemos analizar la mediación de dos de los personajes más significativos del AT. Nos referimos a Moisés y al Siervo de Yahweh, cuya experiencia se narra en Isaías 52: 13-53: 12. Estas dos figuras descuellan por sobre los demás mediadores humanos del AT porque en ellos se conjugan las funciones mediadoras de todas las demás. A estos dos personajes les toca mediar el mensaje de Dios no solamente por medio de la palabra que proclaman, sino también en sus propias acciones. A ellos les toca mediar la Palabra y la acción divina en sus propias vidas.⁷¹

1. *Moisés.* No sería incorrecto establecer que Moisés es en el AT el mediador por excelencia.⁷² Como mediador él realiza las siguientes tareas:

a) *El mediador de liberación.* En la soledad del desierto Dios llamó a Moisés para ser mediador de liberación. El debía ir a liberar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto (Exo. 3: 9, 10). Se convirtió así en líder del pueblo. Le

La obra del mediador consiste en: mediar la voluntad divina; mediar la liberación del pueblo; mediar el perdón de los pecados. Su intercesión restablece la armonía entre Dios y el hombre.

tocó mediar con su liderazgo la redención del pueblo. En esa tarea de salvación él proclama los juicios divinos contra la nación egipcia y anuncia salvación para el pueblo de Dios (Exo. 6: 2-8; 7: 14-18; etc.). De esa forma realiza también la mediación profética.⁷³

b) *El mediador del pacto.* Al redimir a Israel Dios deseaba establecer con el pueblo una relación de amistad permanente e inquebrantable. El pretendía alcanzar ese objetivo por medio de la alianza. La alianza o pacto no era otra cosa que el reconocimiento de parte del pueblo de que Yahweh era su único Dios y que ellos, voluntariamente, obedecerían las leyes que El les diese en gratitud por la redención que El obrara en su favor.⁷⁴ Por otro lado, Dios se comprometía a ser su Dios y a santificarlos y bendecirlos con su presencia (Exo. 19: 3-8).

En la creación de esa alianza Moisés sería el mediador. Sin embargo, su función no consistiría en negociar las condiciones del pacto en representación del pueblo. Las condiciones de la alianza las definía únicamente Dios. La tarea de Moisés consistía en recibir de parte de Dios las condiciones de la alianza, comunicarlas al pueblo y esperar que éste decidiera si deseaba o no entrar en una relación personal y permanente con Dios.

Para que el pacto pudiera ser establecido, Dios y el pueblo debían reunirse en un mismo lugar. Ese lugar es el Sinaí. Allí se realiza la teofanía más significativa del AT (Exo. 19: 16). Moisés lleva el pueblo ante Dios (19: 17). Dios y Moisés conversaron solos (19: 18-25). Luego Dios decide hablar al pueblo directamente, sin la mediación de Moisés (20: 1-17). En ese incidente el pueblo descubre su fragilidad y teme por su vida. Descubren de pronto que es indispensable que haya un mediador entre Dios y ellos.⁷⁵ Le solicitan inmediatamente a Moisés que sea su mediador (20: 18, 19). Desde ese momento en adelante Moisés no es solamente el mediador escogido por Dios, sino también uno reconocido por el pueblo.

Como mediador de la alianza Moisés recibe de Dios las leyes que él debe hacer llegar al pueblo (20: 21-24: 3). El pacto puede ser ahora ratificado. En la ratificación Moisés actúa como mediador (24: 4-8).⁷⁶ Ejerciendo funcio-

nes de mediación sacerdotal él sacrifica animales, y tomando la sangre la asperja sobre el altar,⁷⁷ que probablemente representa a la deidad, y sobre el pueblo. Así se unen ambas partes de la alianza,⁷⁸ e Israel es santificado (Exo. 19: 5, 6).

c) *El mediador del perdón.* El incidente de la adoración del becerro de oro fue una abierta violación a la alianza (Exo. 32: 1-6). Ante ese pecado Dios reacciona. En su ira El está listo a consumir al pueblo con su presencia que mora en medio de ellos. Israel no es ya más su pueblo (32: 7-10). Aunque Dios rechaza al pueblo no rechaza a Moisés, el mediador. El destruirá al pueblo y hará de Moisés, el fiel, una gran nación (32: 10). Moisés no acepta esa decisión divina. Como mediador comienza a interceder por el pueblo delante de Dios. Israel, alega él, sigue siendo el pueblo de Yahweh. Insiste para que Dios permanezca en medio del pueblo y no lo consuma. El diálogo que se produce entre Dios y Moisés revela las siguientes características de un mediador:

i) *Conoce a Dios.* Moisés conoce a Dios y sabe que El es fiel a sus promesas. Inmediatamente le recuerda que El había prometido a Abrahán multiplicar su descendencia (32: 13). Si destruye al pueblo está destruyendo esa promesa. Además, esa acción afectaría adversamente el carácter divino ante los egipcios. Ellos concluirían que Yahweh es impotente, pues fue incapaz de introducir el pueblo a la tierra de Canaán como lo había prometido (32: 12). Moisés apela a su conocimiento del carácter de Dios para interceder por el pueblo. El resultado fue que Dios decidió no consumir al pueblo con su presencia (32: 14).

ii) *Reconoce el pecado del pueblo.* Moisés no pretende excusar el pecado del pueblo. El asciende una vez más a la presencia del Señor y ante El reconoce que el pueblo cometió un "gran pecado" (32: 31). Moisés no pretende que Dios ignore el pecado del pueblo. Lo que él desea intensamente es que Dios perdone plenamente el pecado cometido.

iii) *Se identifica con el pueblo.* Como mediador Moisés no es neutral. El desea obtener algo específico de parte de Dios: el perdón del pecado del pueblo. El es consciente de que el

perdón es costoso y que se obtiene únicamente por medio de la expiación. Decide ir ante el Señor para ver si puede expiar el pecado del pueblo (32: 30). Ante Dios Moisés ofrece su vida como medio de expiación por un pecado en el cual no participó. En esa ocasión dijo: "Si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito" (32: 32). Esa frase realmente puede significar que Moisés está dispuesto a morir *con* el pueblo o *por* el pueblo. Si se acepta que lo que Moisés pide es morir con el pueblo, el argumento que estaría usando para obtener el perdón sería el siguiente: De la única forma que Dios puede destruir al pueblo es destruyendo también a Moisés; por no querer destruir a Moisés quizá perdone al pueblo.⁷⁹

Si se acepta la segunda posibilidad –Moisés desea morir por el pueblo–, él estaría ofreciendo su vida como medio de expiación. El inocente –Moisés– sufriría en lugar del culpable –el pueblo.⁸⁰ Ésta sugerencia encuentra apoyo en el hecho de que, como ya señaláramos, Moisés fue ante Dios a ver si podía expiar el pecado del pueblo. El instrumento de expiación sería su propia vida.

Surge aquí un nuevo aspecto de la mediación. El mediador no sólo intercede por el pecador. También está dispuesto a ocupar la posición del pecador ofreciéndose a morir por él como instrumento expiatorio.⁸¹ El mediador está dispuesto a identificarse con el pecador al punto de responsabilizarse vicariamente por el pecado de aquel por quien intercede. En el caso de Moisés, Dios rechazó la oferta. Su mediación no alcanza esa profundidad de significado.

iv) *Procura hallar gracia.* Moisés intercede para que la presencia de Dios continúe en medio del pueblo. Esa presencia es para el pueblo de vital importancia, pues le provee su identidad y singularidad (33: 16). El entiende que si el perdón no se puede obtener por medio de su muerte, entonces tendrá que depender totalmente de la gracia divina. Dios deberá revelar su carácter en una forma especial. El perdón resultará de esa manifestación de la gloria divina. De ahí que Moisés solicite a Dios que le muestre su gloria (33: 18). Es así que el diálogo intercesor concluye. Dios revela su gloria. El se revela como un Dios "fuerte, misericordioso y clemente" (34: 6). La revelación del carácter de Dios se convierte en una nueva teofanía. Dios perdona al pueblo y renueva el pacto (34: 1-10).

A modo de resumen podemos decir que la mediación de Moisés incorpora el aspecto pro-

fético, pues él recibía mensajes de Dios para el pueblo. De hecho, su mediación profética se convirtió en un tipo de la mediación profética y mesiánica (Deut. 34: 10; 18: 15). Su mediación era también sacerdotal, pues ofreció sacrificios a favor del pueblo y estuvo dispuesto a ofrecerse como sacrificio expiatorio. Finalmente su mediación fue la de un líder proveyendo liberación al pueblo de Dios que estaba cautivo. Moisés disfrutó siempre de la compañía sustentadora y conductora de los mediadores divinos. El Angel del Señor estuvo continuamente con él guiándolo y dándole victorias (Exo. 23: 20-33). El poseía el Espíritu de Dios y la sabiduría divina (Núm. 27: 18-20; Deut. 34: 9). La Palabra del Señor era el instrumento que Dios utilizaba para dar a Moisés mensajes para el pueblo (e.g. Exo. 20: 22). Su obra de intercesión y mediación ilustran adecuadamente la naturaleza y función de la mediación en el AT.

2. *El Siervo de Yahweh.* En la figura mesiánica del Siervo de Yahweh según se describe especialmente en Isaías 52: 13-53: 12, la mediación veterotestamentaria alcanza su dimensión de significado más profunda. La modalidad de su mediación es única en el AT. Lo que Dios no permitió a Moisés se lo permitió al Siervo de Yahweh.

En Isaías 52: 13-53: 12 se nos describe la actitud del pueblo hacia el Siervo, la experiencia del Siervo, y la actitud y el plan de Dios con respecto al Siervo. Cuando se proclama al pueblo el sentir divino, este cambia. El pasaje está formado por dos discursos divinos (52: 13-15; 53: 11 ú.p., 12) y una confesión o informe del pueblo (53: 1-11 p.p.).⁸²

a. *La experiencia del Siervo.* La circunstancia por la que pasó este personaje lo convirtió en *persona non grata*. El carecía en sí mismo de los atractivos que lo hacían deseable como líder (53: 2). Esa condición se acentuó, pues su vida se caracterizó por el sufrimiento continuo y extenso. Fue angustiado y afligido en sumo grado, y asumió una actitud pasiva y sumisa (53: 3, 7). Finalmente, "fue cortado de la tierra de los vivientes", es decir, murió (53: 8).⁸³ Hay dos hechos más que resultan muy significativos. Primero, el Siervo fue un hombre justo. El nunca hizo maldad, ni en su boca hubo engaño (53: 9). Era inocente. En segundo lugar, después de su muerte se dice que el Siervo "vivirá por largos días", sugiriendo así su resurrección (53: 10).⁸⁴

b. *La actitud del pueblo.*⁸⁵ La experiencia del Siervo resultó tan desagradable y vergon-

zosa que el pueblo lo menospreció, lo subestimó y lo ignoró totalmente (53: 3). Cuando ellos trataron por sí mismos de interpretar la experiencia de ese personaje, concluyeron que para entenderla debía presuponerse la ira divina (53: 4 ú.p.). Ellos concluyeron que por alguna razón Dios había convertido a ese hombre en objeto de su azote y menosprecio. Únicamente un hombre rechazado por Dios podía pasar tal circunstancia. A pesar de todo, para el pueblo parecería haber alrededor de ese personaje un elemento de misterio: sufrió intensamente y era inocente.

c. *La actitud de Dios.* No es sino hasta que el pueblo escucha la proclamación profética que revela la actitud verdadera de Dios hacia el Siervo, que llega a comprender que el menospreciado era nada menos que un instrumento divino (53: 1). El siervo inocente había sufrido para traer liberación al pueblo. Su sufrimiento era necesario porque el pueblo se había descarriado como oveja y "cada cual se apartó por su camino" (53: 4, 5). Dios había decidido mediar el perdón de los pecados del pueblo, la expiación, en una forma nunca antes vista. En lugar de cargar el pecado del pueblo sobre una víctima sacrificial de entre los animales, Dios "cargó en él el pecado de todos nosotros" (53: 6); él fue herido "por la rebelión de mi pueblo" (53: 8). No obstante, el Siervo aceptó su sufrimiento en forma voluntaria. Fue él quien puso "su vida en expiación por el pecado" (53: 10), y quien "derramó su vida hasta la muerte" (53: 12).

Esa mediación trajo como resultado paz y armonía entre Dios y el pueblo (53: 5). Esto fue posible porque lo que el Siervo hizo fue limpiar al pueblo de pecado. Al llevar el pecado del pueblo le fue posible declarar justos a los muchos (53: 11, 12). Una vez que el Siervo concluyera su misión Dios le exaltaría y engrandecería (53: 12).

Indudablemente el Siervo sufre vicariamente por el pueblo, y muere por ellos. Su experiencia es interpretada en el trasfondo del significado del sistema de sacrificios. El muere como una víctima sacrificial. En este caso el mediador y el instrumento de expiación y reconciliación se conjugan en una sola persona. El mediador cierra la brecha entre Dios y el hombre no por medio de la palabra intercesora, sino por medio de su propia vida. Muere como un sacrificio sustitutivo.⁸⁶

Notemos que la mediación del Siervo es la de un rey. Su obra trae liberación y es exalta-

do como rey (52: 13; 53: 12). El también ejerce la mediación profética. Como todo profeta El tiene una misión y al ejercerla sufre. Sin embargo, su sufrimiento trasciende la mediación profética por su valor expiatorio. Por último, su mediación es sacerdotal, pues El ofrece un sacrificio a favor del hombre: su propia vida. Es así que El intercede por los muchos (53: 12).⁸⁷

Resumen

Basándonos en los análisis anteriores podemos llegar a algunas conclusiones con relación a la naturaleza y la obra del mediador en el AT.

1. *El mediador es escogido por Dios.* Ese hecho indica que en la mediación es Dios el que toma la iniciativa y no el ser humano. Entre Dios y sus instrumentos humanos de mediación se establece una relación íntima y personal que los capacita para su misión.

2. *El mediador conoce a Dios.* El mediador llega a conocer a Dios en una forma muy especial. En su tarea esto es indispensable, pues el mediador deberá representar a Dios ante sus semejantes. El conoce a Dios como un Dios justo, misericordioso, fiel a sus promesas, y cuya santidad le hace condenar el pecado. Ese conocimiento le permite interceder ante Dios para que en su gracia y misericordia perdone a su pueblo.

3. *El mediador conoce las necesidades humanas.* El es consciente de que el ser humano depende de la continua presencia de Dios para su existencia. También conoce la necesidad humana del perdón y confiesa a Dios la iniquidad del pueblo esperando que Dios manifieste su gracia perdonadora.

4. *La obra del mediador consiste en:*

a. Mediar la voluntad divina a sus semejantes. Así representa a Dios ante el pueblo.

b. Mediar la liberación del pueblo del poder esclavizante de sus enemigos.

c. Mediar el perdón de los pecados. Su intercesión restablece la armonía entre Dios y el hombre. Su mediación no es realmente neutral. El toma la causa del pecador necesitado de Dios. Su deseo por reunir a Dios y al hombre es de tal intensidad que está dispuesto a realizarla a cualquier precio, inclusive al costo de su propia vida. Por eso llega tan lejos, como hasta ofrecer su propia vida, en forma vicaria, como medio de expiación por sus semejantes. La mediación llega a su clímax en la expiación de los pecados que resulta en la reconciliación.

(Continuará.)